



Zygmunt Bauman
Confianza y temor en la ciudad
Vivir con extranjeros

CONFIANZA Y TEMOR EN LA CIUDAD
VIVIR CON EXTRANJEROS

Zygmunt Bauman

Traducción de Josep Sampere y Enric Tudó

A R C A D I A

6367

LIBRO: PROPIEDAD EXCLUSIVA DEL GOBIERNO FEDERAL CON
FINES DIDÁCTICOS Y CULTURALES, PROHIBIDA SU VENTA O
REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL CON FINES DE LUCRO, AL QUE
INFRINJA ESTA DISPOSICIÓN SE LE APLICARÁN LAS SANCIONES
PREVISTAS EN LOS ARTÍCULOS 367, 368 BIS, 368 TER Y DEMÁS
APLICABLES DEL CÓDIGO PENAL PARA EL DISTRITO FEDERAL EN
MATERIA COMÚN; Y PARA TODA LA REPÚBLICA EN MATERIA
FEDERAL.

Primera edición: marzo de 2006
Cuarta impresión: enero de 2008

Edición original: *Fiducia e paura nella città*
Milán: Paravia Bruno Mondadori Editori, 2005

© 2005, Zygmunt Bauman
© 2006, Josep Sampere Martí, por la traducción de «Confianza y temor
en la ciudad» y «En busca de refugio en la caja de Pandora»
© 2006, Enric Tudó Rialp, por la traducción de «Vivir con extranjeros»
© 2006, AtmArcadia, SL, por la presente edición
Muntaner, 3
08011 - Barcelona
arcadia@lacentral.com

Diseño de cubierta: Astrid Stavro
Composición: Fotocomposició 2000
Impresión y encuadernación: Book Print Digital, S.A.

ISBN: 978-84-934096-3-0
DL: B-1.879-2008

Prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación
a través de cualquier medio, en cualquier lengua,
sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

CONFIANZA Y TEMOR EN LA CIUDAD

Ha sido sobre todo en Europa, y en sus epígonos, ramificaciones y sedimentos, donde en los últimos años la propensión al miedo y la obsesión por la seguridad han ido ganando terreno, a pasos agigantados.

Este fenómeno parece un misterio. A fin de cuentas, como señala Robert Castel en su incisivo análisis del malestar que nos ha ocasionado la inseguridad del mundo actual, «nosotros –al menos en los países desarrollados– vivimos sin duda en algunas de las sociedades más seguras [*sûres*] que han existido jamás». ¹ Aún así, a pesar de todas las pruebas concretas, somos precisamente nosotros, criados entre mimos y algodones, los que más amenazados, inseguros y asustados nos sentimos; somos los más miedosos y los más aficionados a todo lo que tenga que ver con la seguridad y la prevención, mucho más que los habitantes de la mayoría de las sociedades conocidas.

Sigmund Freud ya abordó directamente ese enigma, sugiriendo que la solución debía buscarse en la insistencia con que la mente humana se empeña en desafiar la simple lógica de los hechos. Nuestro sufrimiento (así como el miedo a sufrir, o el dolor irritante e insoportable que resulta del mismo

miedo) proviene de «la supremacía de la Naturaleza, la caducidad de nuestro propio cuerpo y la insuficiencia de nuestros métodos para regular las relaciones humanas en la familia, el Estado y la sociedad».²

En cuanto a las dos primeras causas mencionadas por Freud, de un modo u otro conseguimos someternos a los límites de nuestras facultades: sabemos muy bien que nunca llegaremos a dominar del todo a la naturaleza, y que nuestro organismo no llegará a ser inmortal, ni tampoco inmune al despiadado transcurso del tiempo. Así pues, no tenemos más remedio que contentarnos con lo que hay. Ante esta constatación no debemos descorazonarnos ni perder las ganas de vivir, sino más bien dejar que nos sirva de estímulo y nos infunda energía. Aunque no podamos erradicar todo el dolor, en algunos casos podremos eliminarlo parcialmente y, en otros, aliviarlo. La cuestión es intentarlo una y otra vez, sin desfallecer nunca.

Sin embargo, es muy distinto el tercer tipo de sufrimiento: el de origen social. Todo lo que hemos creado se puede volver a crear. No estamos dispuestos a aceptar ningún límite en lo que respecta a rehacer nuestras obras; en todo caso, ningún límite que no pudiéramos traspasar con el debido esfuerzo y buena voluntad: «no llegamos a comprender por qué las instituciones que nosotros mismos hemos creado no habrían de representar más bien protección y bienestar para todos». Si la protección disponible y los beneficios de que disfrutamos no alcanzan el grado ideal, si las relaciones no nos satisfacen, si las instituciones no son como debieran ser (o como creemos que podrían ser), es probable que empecemos a sospechar que existen intrigas y conspiraciones hosti-

les, todo tipo de complots urdidos por enemigos ocultos. En definitiva, por todas partes veremos malas intenciones, culpables, delitos y designios criminales.

Castel llega a una conclusión parecida al proponer que la inseguridad actual no proviene de la escasez de medios con que nos protegemos, sino de la «vaguedad del radio de acción [*ombre portée*] de los mismos» en una sociedad que «se ha organizado en torno a la búsqueda infinita de protección y al anhelo insaciable de seguridad».³ La experiencia de la inseguridad, dolorosa e incurable, es un efecto secundario de la convicción que nos lleva a creer que para obtener la máxima seguridad sólo son necesarios el ingenio y el esfuerzo adecuados (si una empresa es factible podemos llevarla a cabo); y si finalmente resulta que el intento ha fracasado, no hay más que atribuirlo a la premeditación y alevosía. En esta obra tiene que haber siempre un «malo».

Podemos afirmar que el tipo de inseguridad actual se distingue claramente por el temor al crimen y a los malhechores. Predomina la desconfianza en los demás y en sus intenciones, así como también una actitud que niega o considera imposible tener fe en la constancia y en la fiabilidad del compañerismo humano. Castel atribuye esta situación al individualismo contemporáneo; sugiere que la sociedad de hoy, al suprimir las comunidades y corporaciones estrechamente unidas, que antes las leyes delimitaban y velaban por su cumplimiento, y sustituir las por el deber de ocuparse cada uno de sí mismo y de sus asuntos, se ha edificado sobre el terreno pantanoso de la incertidumbre: en una sociedad de este tipo es inevitable que la inseguridad y el temor a peligros indefinidos acaben siendo males endémicos.

Al igual que en las restantes transformaciones modernas, Europa desempeñó en ésta un papel precursor. Fue también la primera en hacer frente a las consecuencias imprevisibles, y por regla general perniciosas, de toda evolución. Esta inquietante sensación de inseguridad no hubiera surgido de no ser por dos novedades que se produjeron en el continente, y que luego, a velocidades distintas, se propagaron a otras zonas del planeta. La primera, según la terminología de Castel, fue la «sobrevaloración [*survalorisation*]⁴ del individuo liberado de las trabas que le imponía una red muy densa de vínculos sociales. Poco después aparecía la segunda novedad: despojado de la protección que le ofrecía con toda naturalidad dicha red de vínculos sociales, el individuo se volvió frágil y vulnerable como nunca lo había sido.

La primera novedad abrió a muchas personas todo un mundo, emocionante y seductor, en el que poner en práctica la emancipación y la autosuperación. Pero la segunda novedad vetó la entrada a muchas más. La suma de ambas se acabó convirtiendo en la sal de la culpa que restregaba una y otra vez la herida incurable de la impotencia. Y de resultas de ello nació una enfermedad: el miedo a quedarse corto.

El Estado moderno debió enfrentarse desde el principio a la ingente labor de luchar contra el miedo. Tuvo que remendar la red de actividades asistenciales desgarrada por las revoluciones contemporáneas, y seguir reparándola a medida que la continua modernización que promovía ese mismo Estado ejercía sobre ella un desgaste y una tensión sin fin. El desarrollo del Estado moderno condujo implacablemente a un Estado social cuyo núcleo era la protección en sentido estricto (es decir, la prevención colectiva para evitar el daño

particular) y no la redistribución de la riqueza, como sostenía la creencia general. Para las personas carentes de fortuna, de cultura o de influencias (o de cualquier otro capital aparte de la capacidad de trabajo) «la protección será colectiva o no será».⁵

A diferencia de los mecanismos de protección del pasado premoderno, la organización asistencial creada y administrada por el propio Estado se fundó a propósito, o bien evolucionó espontáneamente, a partir de otras actividades constructivas a gran escala, características de la fase sólida de la modernidad. Las instituciones y prestaciones de carácter benéfico (denominadas a veces «ayudas sociales»), los servicios gubernativos en materia de sanidad, educación y vivienda, las leyes que regulan los derechos y obligaciones de las dos partes de los contratos laborales, y que al mismo tiempo protegen el bienestar de los empleados, constituyen ejemplos variados de la primera categoría.

El principal ejemplo de la segunda vino dado por la solidaridad entre los trabajadores, sindicatos y personas de la misma profesión, que echó raíces y floreció de manera natural en el medio moderadamente estable de la fábrica «fordiana», encarnación perfecta del escenario de la modernidad sólida, donde se hallaban instalados la mayoría de los individuos que carecen de otros capitales. El compromiso de la pareja formada por el capital y el trabajo resultó, en dicha fábrica, mutuamente provechoso y duradero, pues dio lugar a que ambas partes dependieran la una de la otra, pero, al mismo tiempo, les permitió hacer planes para el día de mañana, asegurar su futuro e invertir en él. Por ello, la fábrica «fordiana» se convirtió en el teatro de conflictos a veces encon-

dos, a veces virulentos, y siempre a punto de estallar (el compromiso a largo plazo y la interdependencia de todas las partes amortizaba tales enfrentamientos y hacía de ellos un sacrificio rentable); sin embargo, también resultó un refugio de lo más seguro para la responsabilidad y, por tanto, para llevar a cabo negociaciones, convenios e intentos de hallar modos de convivencia aprobados mayoritariamente. Gracias a unas trayectorias laborales bien definidas, a unas tareas agotadoras pero de una regularidad tranquilizadora, a la considerable estabilidad de los equipos de trabajo, a la gran utilidad de los conocimientos adquiridos y, por consiguiente, al alto valor concedido a la acumulación de experiencia profesional, los riesgos del mercado laboral podían mantenerse a raya, la incertidumbre quedaba mitigada o desaparecía por completo, y los temores eran desterrados al reino marginal de los «reveses de fortuna» o los «accidentes fatales» en vez de saturar el curso de la vida cotidiana. Por encima de todo, el gran número de personas que no contaba con otro capital que su trabajo podía confiar en la colectividad. La solidaridad transformó la capacidad de trabajo en un capital sustitutivo, del que se esperaba, con cierta razón, que contrarrestara la suma de los restantes capitales.

Los miedos actuales nacieron al brotar simultáneamente la liberalización y el individualismo, cuando ya se habían aflojado o roto los lazos de parentesco y vecindad que unían con firmeza a comunidades y corporaciones, lazos que se tenían por eternos o que al menos existían desde tiempos inmemoriales. Para luchar contra el miedo, el método que adoptó la modernidad sólida tendió a sustituir los lazos naturales, irreparablemente dañados, por sus equivalentes arti-

ficiales, es decir, toda clase de asociaciones, sindicatos y agrupaciones, a tiempo parcial aunque casi de dedicación continua, unificadas por actividades diarias comunes; la solidaridad ocupó el lugar de la pertenencia, erigiéndose en la principal defensa contra los avatares de una existencia cada vez más azarosa.

La disolución de la solidaridad señaló el fin de la lucha contra el miedo adoptada por la modernidad sólida. Ha llegado la hora de aflojar, dismantelar o romper los mecanismos de protección artificiales y dirigidos. Europa, el primer continente que hizo una revisión de la era moderna, y el primero en atravesar todo su abanico de secuelas, está viviendo ahora la «segunda parte de la liberalizaciónazonada con individualismo», aunque esta vez no por decisión propia, sino por haber sucumbido a la presión de fuerzas mundiales, a la que ya no puede dominar ni contener por mucho que lo desee.

Paradójicamente, cuantos más restos quedan localmente de los servicios que le protegían a uno «desde la cuna hasta la tumba», atacados hoy por doquier, más atractivo resulta descargar la sensación de peligro inminente —cada vez más acusada— a través de reacciones xenófobas. Los pocos países (principalmente escandinavos) que todavía se muestran reacios a abandonar los servicios de asistencia estatales que dejó la modernidad sólida, y se oponen a las múltiples demandas para reducirlos o disolverlos por completo, se consideran una fortaleza sitiada por fuerzas enemigas, y están convencidos de ser los últimos representantes del Estado social, siendo éste un privilegio que debe defenderse a toda costa de los intrusos que desean saquearlo o bien reducir todavía más sus prestaciones. La xenofobia, la sospecha de que existe un

complot internacional y el rencor hacia los extranjeros (principalmente los inmigrantes, esos ejemplos vivientes, sumamente visibles, de que las murallas se pueden agujerear y las fronteras borrarse, así como ciertas fuerzas naturales de carácter mundial, misteriosas e incontenibles, que piden a gritos ser conjuradas) pueden verse como el reflejo perverso de los esfuerzos desesperados para salvar lo que quede de la solidaridad a escala local.

En cuanto la competencia sustituye a la solidaridad, las personas se ven abandonadas a sus propios recursos, penosamente escasos y obviamente insuficientes. El deterioro y la descomposición de los lazos colectivos les convierten, sin su consentimiento, en individuos *de iure*, pero un destino abrumador e ingobernable conspira contra ellos para negarles el ingreso a la categoría de individuos *de facto*.⁶ Si en condiciones de modernidad sólida la desgracia más temida era la imposibilidad de ajustarse a la norma general, hoy en día, tras el advenimiento de la modernidad líquida, el fantasma más aterrador es el miedo a quedarse corto. Se trata de un temor bien fundado, sin ninguna duda, teniendo en cuenta el abismo que separa la cantidad y la calidad de recursos que exigiría la producción eficaz de una seguridad resuelta por cada uno, y de confianza, de la suma total de materiales, herramientas y habilidades a los que la mayoría de las personas pueden razonablemente aspirar a conseguir y conservar.

■

Robert Castel alude asimismo al regreso de las clases peligrosas.⁷ Observemos, sin embargo, que la similitud entre su

primera y su segunda llegada sólo es parcial en el mejor de los casos.

Las clases peligrosas originarias estaban formadas por el exceso de población excluida temporalmente y aún por integrar, que se vio despojada de una función útil a causa de la rapidez del progreso económico, y terminó sin protección alguna al desintegrarse velozmente todas las redes de lazos sociales. Las nuevas clases peligrosas, por otro lado, son las que se juzgan no aptas para la integración y por ello se las declara inasimilables, ya que no se puede concebir función alguna que pudieran desempeñar una vez rehabilitadas. No son tan sólo excedentes sino también superfluas [*redundant*]. Así pues, se las excluye permanentemente: uno de los pocos ejemplos de permanencia que la modernidad líquida no sólo permite sino que fomenta vivamente. Este tipo de exclusión actual no se ve como el resultado de una mala racha pasajera, sino más bien como un destino irrevocable. Es más, la exclusión, hoy en día, suele ser un callejón sin salida. En cuanto se queman las naves, es muy difícil volver a construir las. Lo irrevocable de su desahucio, y las perspectivas poco halagüeñas de todo intento de apelar contra la sentencia, es lo que convierte a los excluidos de hoy en las clases peligrosas.

La irrevocabilidad de la exclusión es una consecuencia directa, aunque imprevista, de la descomposición del Estado social, es decir, de un conjunto de instituciones consolidadas, pero también —expresado de modo más elocuente— de un ideal o un experimento. La debilidad, deterioro y desplome de dicho Estado presagia, a fin de cuentas, la desaparición de las oportunidades para redimirse y la supresión del

derecho a apelar, así como también el desvanecimiento gradual de la esperanza y el abandono progresivo de la voluntad para resistir. En lugar de ser la condición de desempleado (término que sugiere una desviación de la norma, un contratiempo pasajero que puede y debe solucionarse), estar en paro se asemeja cada vez más a sobrar, a que le rechacen a uno por superfluo, por inútil, porque nadie quiere darte empleo y estás predestinado a permanecer económicamente inactivo. Estar en paro implica que uno ya no es imprescindible, incluso tal vez que han dejado de necesitarle para siempre, desterrándolo al vertedero del progreso económico, progreso que, en último término, se reduce a realizar el mismo trabajo, con idénticos beneficios, pero con menos personal y un coste de mano de obra inferior.

El desempleado de hoy, sobre todo el que lleva largo tiempo siéndolo, está a un paso de caer en el agujero negro de los desclasados [*underclass*]: hombres y mujeres que no pertenecen a ningún grupo social legítimo, individuos situados al margen de cualquier clase, a los que no corresponde ninguna de las funciones aprobadas, útiles e indispensables que desempeñan los ciudadanos «normales»; personas que no aportan nada a la sociedad, salvo lo que es prescindible y no interesa. Poca distancia hay, asimismo, entre los superfluos y los delincuentes: los desclasados y los delincuentes no son más que dos subconjuntos de los elementos antisociales. Lo que les diferencia es más bien su clasificación oficial y el trato que reciben, antes que su actitud y comportamiento. Al igual que los que carecen de empleo, los delincuentes (es decir, los condenados a prisión, los acusados de un delito, los sometidos a vigilancia policial o simplemente los fichados)

ya no son vistos como individuos apartados temporalmente de la vida social, susceptibles de ser reeducados, rehabilitados y devueltos a la sociedad lo antes posible; más bien se les considera marginados a perpetuidad, no aptos para la regeneración y se les obliga a llevar una buena conducta por los siglos de los siglos, lejos de la sociedad de las personas decentes.



«Cuanto más nos separamos de nuestro entorno, más dependemos de la vigilancia del mismo (...). Hoy en día existen viviendas en todo el mundo que sólo sirven para proteger a sus habitantes, no para integrar a las personas en la zona donde residen», observan Gumpert y Drucker.⁸

«A medida que los residentes amplían a la esfera internacional el ámbito de sus comunicaciones, aumenta su tendencia a segregar sus casas de la vida pública mediante dispositivos de alarma cada vez más «inteligentes»», comentan Graham y Marvin.⁹

«En casi todas las ciudades del mundo están empezando a verse determinadas zonas conectadas por mecanismos muy potentes a otras partes «valiosas» del paisaje urbano, así como también a regiones muy distantes, nacionales e incluso internacionales. Al mismo tiempo, sin embargo, suele existir en esos lugares una sensación palpable, cada vez más acusada, de falta de comunicación entre sitios y personas no muy distantes, aunque separados en el aspecto económico.»¹⁰

El material de desecho de la nueva extraterritorialidad que permite esta conexión universal de los barrios más privi-

legiados, residencia y pasto de los dueños del ciberespacio, son las zonas desconectadas y abandonadas, las «salas fantasma» de que habla Mitchell Schwarzer, donde «las pesadillas han sustituido a los sueños, y el peligro y la violencia son el pan nuestro de cada día». ¹¹ A fin de mantener las distancias infranqueables, y conjurar el peligro de fugas que pudieran contaminar la pureza regional, viene muy bien mostrar tolerancia cero hacia los indigentes: hay que expulsarles de los lugares donde puedan vivir y desterrarles a esas zonas acotadas para que su visión no moleste ni su presencia irrite.

Como sugirió Manuel Castells en primer lugar, la polaridad se agudiza por momentos y existe una incomunicación cada vez más grave entre los mundos de las dos categorías de ciudadanos: «El nivel superior suele estar conectado a las redes de comunicación mundiales y a un inmenso circuito de intercambios, dispuesto a recibir mensajes y experiencias que abarcan el mundo entero. Al otro extremo del espectro se encuentran las redes locales fragmentadas, a veces de carácter étnico, cuya personalidad nacional es el recurso más valioso de que disponen para defender sus intereses y, en último término, su propio ser». ¹²

De esa descripción se desprende que existen dos mundos separados y aislados. Sólo el segundo de ellos se encuentra circunscrito a un territorio concreto y puede situarse en la órbita de la geografía de los conceptos mundanos, geográficos y terrenales ortodoxos. Los que habitan el primero de los dos mundos puede que estén en ese lugar, como los demás, pero no por ello son de ese lugar; sin duda no lo son en espíritu, aunque pueden serlo corporalmente con sólo desearlo.

Las personas del nivel superior no pertenecen al lugar que habitan, ya que sus preocupaciones residen (o más bien flotan) en otra parte. Es de suponer que, además de estar a sus anchas sin que nadie les moleste, y por tanto ser libres de dedicarse de lleno a sus pasatiempos, con la garantía de que no les faltarán los servicios indispensables (sean cuales sean) para satisfacer las necesidades y comodidades diarias, no tienen intereses creados en la ciudad donde están situadas sus residencias. Los habitantes de la ciudad ya no son su subsistencia, su fuente de riqueza o un rebaño a su cuidado y tutela, como lo eran en otros tiempos para los dueños de fábricas y comerciantes de productos e ideas. Así pues, por regla general, se muestran indiferentes con respecto a los asuntos de su ciudad, que no es sino una de tantas, un punto minúsculo e insignificante desde la posición estratégica del ciberespacio que, por muy virtual que sea, es su verdadero domicilio.

El mundo en el que viven los habitantes de los niveles inferiores de la ciudad es la antítesis del primero. Su característica principal es que se encuentra aislado de esa red mundial de comunicaciones a la que están conectadas las personas del nivel superior y cuya vida se mueve a su ritmo. Los habitantes del nivel inferior están predestinados a permanecer en su zona, por lo que es lógico y obligado suponer que centrarán toda su atención, junto con sus quejas, sueños y esperanzas, en los asuntos del lugar. Su lucha por la supervivencia y por un lugar digno en el mundo, una lucha que a veces ganan pero sobre todo pierden, tiene por escenario el interior de la ciudad que habitan.

La ruptura de los dueños del ciberespacio con sus antiguos compromisos hacia el *populus* del lugar, así como la

distancia cada vez mayor entre el mundo de los emancipados y el de las personas que han quedado atrás, representa sin duda la novedad más importante de carácter social, cultural y político relacionada con el paso de la modernidad sólida a la líquida.

El análisis esbozado más arriba contiene muchas verdades indiscutibles. Pero no es la pura verdad.

La parte más sintomática de la verdad que brilla por su ausencia o se trivializa es, por encima de cualquier otra, la que explica la característica fundamental (y, a la larga, seguramente decisiva) de la vida urbana contemporánea. La característica en cuestión es la estrecha influencia recíproca que hay entre la presión mundializadora y el modo en que se negocia, se forma y se reforma la personalidad propia de cada lugar.

Constituye un error muy grave situar los aspectos global y local de la vida y la política contemporáneas en dos órbitas distintas que sólo se comunican alguna que otra vez y de modo superficial, como sugiere, en última instancia, el desentendimiento del nivel superior. En un estudio reciente, Michael Peter Smith¹³ pone objeciones a la opinión (como formulan, a su modo de ver, David Harvey o John Friedman,¹⁴ entre otros) que contrapone «una lógica dinámica pero desubicada en cuanto al movimiento de la economía global» a una «visión estática del territorio y la cultura local», que hoy en día se valora como núcleo vital del «estar-en-el-mundo». En opinión de Smith, «en vez de reflejar una ontología estática del ser o la colectividad, este apego a lo que es propio es una construcción dinámica en ciernes».

En efecto, la línea que separa el ámbito abstracto, situado en algún punto indefinido, propio de la mentalidad de los dueños del ciberespacio, de la órbita material, palpable y sumamente «concreta y precisa» de las personas del lugar, sólo puede trazarse fácilmente en el mundo etéreo de las hipótesis, donde el contenido confuso y entrelazado de los mundos vitales humanos se «ordena» primero y luego se archiva y se guarda en una caja en beneficio de la claridad, poniendo cada pieza en su compartimiento. Las realidades de la vida urbana, sin embargo, trastocan completamente esta clase de divisiones nítidas. Las elegantes propuestas de ordenación de las ciudades, y los contrastes bruscos de que hacen gala sus artífices, pueden proporcionar una gran satisfacción intelectual a los teóricos, pero muy poca orientación práctica a los urbanistas; tampoco servirán de mucho a los habitantes de las ciudades en su lucha diaria contra las dificultades de la vida urbana.

Los verdaderos poderes que dan forma a las circunstancias que determinan nuestra vida contemporánea se mueven en el espacio global; en cambio, nuestros órganos de actuación política suelen estar sólidamente establecidos en un sitio; son, como siempre, locales.

Como la mayoría de ellos no dejarán de serlo, las organizaciones políticas que actúan en las ciudades suelen adolecer de falta de capacidad de actuación, y, sobre todo, del poder de obrar con eficacia y soberanía en el escenario donde se representa el drama de la política. Otro resultado, sin embargo, es la escasez de política en la órbita extraterritorial del ciberespacio, donde juegan las potencias mundiales.

En un planeta que se mundializa por momentos, la política tiende a ser cada vez más, y de forma más apasionada y

consciente, local. Expulsada del ciberespacio, o con el acceso vedado, la política vuelve de rebote a los asuntos que están a su alcance, a cuestiones locales, a las relaciones vecinales. La mayoría de nosotros, casi todo el tiempo, pensamos que dichos asuntos son los únicos en los que podemos intervenir: influir en ellos, repararlos, mejorarlos, cambiar su dirección. Nuestra acción o falta de ella sólo puede dejarse sentir en cuestiones locales; las demás cuestiones, presuntamente supralocales, no tienen remedio. Al menos es lo que no dejan de repetirnos nuestros dirigentes y demás personas que «saben de qué va». Terminamos sospechando que, en vista de los medios insuficientes y los recursos lamentables de que disponemos, tampoco podríamos cambiar el curso de nada, por mucho que hiciéramos o nos propusiéramos hacer dentro de nuestras posibilidades.

Ciertos asuntos, indudablemente, tienen causas mundiales, raíces lejanas y recónditas; pero ni siquiera éstos entran en el campo del interés político si no es a través de las repercusiones que generan en un ámbito puramente local. La presunta contaminación mundial del agua o del aire sólo se convierte en un asunto político cuando se construye un vertedero de residuos tóxicos, o una residencia para refugiados en nuestro barrio, a la vuelta de la esquina, cerca de nuestra casa (lo cual nos da miedo), pero a nuestro alcance (lo que nos tranquiliza). La progresiva comercialización de las cuestiones sanitarias, efecto evidente de la encarnizada competencia entre gigantes farmacéuticos supranacionales, salta a la palestra política cuando derriban el hospital del barrio o van eliminando progresivamente las residencias de ancianos o los centros psiquiátricos. Fueron los habitantes

de una ciudad como Nueva York los que hubieron de apechugar con los estragos del terrorismo de origen global; fueron los alcaldes y ayuntamientos de otras metrópolis los que tuvieron que encargarse de la protección de sus ciudadanos, protección que, como se vio más tarde, era vulnerable a unas fuerzas atrincheradas muy lejos del alcance de cualquier municipio. La devastación a escala mundial de medios de subsistencia, y el desarraigo de pueblos establecidos desde tiempo inmemorial sólo aparece en el horizonte de la actuación política a través de los pintorescos «emigrantes económicos» que se agolpan en calles que antes eran todas iguales...

En resumen: las ciudades se han convertido en el vertedero de problemas de origen mundial. Sus habitantes y quienes los representan suelen enfrentarse a una empresa imposible, se mire por donde se mire: la de encontrar soluciones locales a contradicciones globales.

De ahí la paradoja que apuntaba Castells¹⁵ al hablar de la «política cada vez más centrada en lo propio, en un mundo estructurado cada vez más por sucesos internacionales». «Antes todo tenía un significado y una personalidad: mi barrio, mi pueblo, mi ciudad, mi escuela, mi árbol, mi río, mi playa, mi iglesia, mi paz, mi ambiente.» «Impotentes ante el torbellino que sopla a escala mundial, las personas se encierran en sí mismas.» Observemos que cuanto más «se encierran en sí mismas», más «impotentes» quedan «ante el torbellino que sopla a escala mundial», pero también más inermes van quedando a la hora de decidir lo propio y, por tanto, todo cuanto tenga su sentido y su personalidad, con gran alegría de los dueños del ciberespacio, que no tienen motivo alguno para temer a los indefensos.

Como sugiere Castells en otra parte, la creación de un «espacio de flujos» impone una nueva jerarquía (global) que basa su dominio en la amenaza de desconexión. Ese «espacio de flujos» «no depende de emplazamientos concretos», mientras que (y porque) «el espacio de lugares está fragmentado, circunscrito, y por ello cada vez más inerme contra la gran capacidad de adaptación del espacio de flujos; el único modo de oponerle resistencia consiste en negar los derechos de aterrizaje a esos flujos abrumadores, pero entonces se limitarán a posarse en la localidad vecina, lo que dará lugar a que los rebeldes terminen siendo soslayados y marginados».¹⁶

La política municipal —y particularmente la urbana— está tan sumamente sobrecargada que ya no consigue actuar. Tenemos la esperanza de mitigar las consecuencias de la globalización desenfundada con medios y recursos que se han vuelto lamentablemente inadecuados a causa de la misma globalización.

En un planeta que se mundializa vertiginosamente no hay nadie que sea un puro y simple «dueño del ciberespacio». Lo máximo a que pueden aspirar los que integran esa elite viajera con influencia a escala mundial es a ensanchar los límites de su capacidad de desplazamiento.

Si el ambiente se vuelve demasiado violento, y los alrededores de sus residencias urbanas resultan demasiado peligrosos e inseguros, siempre les queda la solución de mudarse; es una posibilidad de la que carecen sus vecinos (materiales). La opción de huir de las incomodidades del lugar les proporciona una independencia en la que sus conciudadanos sólo pueden soñar; además, pueden permitirse el lujo de una

indiferencia altanera que tampoco estará nunca al alcance de los otros. Su empeño en poner orden en los asuntos de la ciudad no suele ser tan absoluto y desinteresado como el de quienes disponen de menos libertad para romper los lazos de vecindad de modo unilateral.

Eso no significa, sin embargo, que en su búsqueda de sentido y personalidad, que desean y necesitan como cualquier hijo de vecino, la elite conectada al mundo pueda prescindir completamente de la ciudad en la que vive y trabaja. Al igual que todos los demás, ellos también forman parte del paisaje urbano, y sus aspiraciones, les guste o no, se hallan inscritas en él. Como dueños del ciberespacio, navegan a sus anchas; pero, como agentes humanos, se hallan confinados en el espacio material en el que se mueven, en el ambiente preestablecido y sujeto a variaciones continuas en el curso de la lucha por alcanzar un sentido y una identidad. La experiencia humana se forma y se recoge; se administra con el fin de compartirla; su significado se medita, se asimila y se gestiona en lugares concretos. Y es precisamente en lugares concretos donde se gestan y se incuban los deseos e impulsos de las personas, donde viven con la esperanza de cumplirse, donde se exponen al fracaso y, en efecto, las más de las veces fracasan.

Las ciudades contemporáneas son los campos de batalla donde coinciden los poderes mundiales y las obstinadas razones de ser de cada uno de sus habitantes; donde éstos chocan y combaten en busca de un acuerdo satisfactorio o mínimamente tolerable; un tipo de convivencia que se espera constituya una paz duradera, pero que por regla general no resulta más que un armisticio, un intervalo en el que reparar

las defensas dañadas y volver a desplegar las tropas. Es este enfrentamiento, y no un único factor, lo que pone en marcha y dirige la dinámica de la ciudad de la modernidad líquida.

Y no nos engañemos: de cualquier ciudad, aunque no todas en el mismo grado. Michael Peter Smith, en referencia a su reciente viaje a Copenhague,¹⁷ asegura que en una hora se «cruzó con varios grupos de turcos, africanos e inmigrantes del Oriente Medio»; observó a «varias mujeres árabes con velo o sin él», leyó «signos en varios idiomas no europeos», y mantuvo «una interesante conversación con un camarero irlandés, en una taberna inglesa, delante del jardín del Tivoli». Según Smith, estas experiencias sobre el terreno le resultaron útiles durante la conferencia sobre las relaciones transnacionales que dio en Copenhague esa misma semana, «cuando una persona del público trató de convencerme de que el transnacionalismo era un fenómeno que podía tener aplicación en ciudades cosmopolitas como Nueva York o Londres, pero que guardaba poca relación con sitios más provincianos como Copenhague».



Sea cual sea el futuro de las ciudades, y por mucho que cambie su trazado, aspecto y estilo en el transcurso de los años o de los siglos, siempre habrá una característica que se mantendrá estable: las ciudades son lugares repletos de desconocidos que conviven en estrecha proximidad.

Al ser un componente permanente de la vida urbana, la presencia continua y ubicua de desconocidos al alcance de la vista y de la mano añade un grado considerable de incerti-

dumbre a las actividades de los habitantes de las ciudades. Dicha presencia, imposible de evitar salvo en brevísimos instantes, constituye una fuente inextinguible de angustia y de agresividad latente, que estalla de vez en cuando.

El miedo a lo desconocido que se palpa, aunque sea subliminalmente, en la atmósfera pide a gritos una válvula de escape convincente. La ansiedad acumulada tiende a descargarse contra determinados forasteros, elegidos para que personifiquen lo raro, lo inquietante, lo impenetrable de algunas costumbres, la vaguedad de ciertos peligros y amenazas. Echando de sus casas y de sus tiendas a cierta clase de forasteros se consigue exorcizar por algún tiempo el fantasma aterrador de la incertidumbre; así se conjura el monstruo espantoso de la inseguridad. Se abraza la esperanza de que las barreras fronterizas que se erigen concienzudamente para evitar la entrada de «falsos» refugiados políticos, y de «simples» inmigrantes económicos, sirvan para fortificar una existencia inestable, irregular e imprevisible. Pero la vida en la modernidad líquida está predestinada a seguir siendo imprevisible y caprichosa, por muchos padecimientos que se inflijan a los extranjeros indeseables; de modo que el consuelo dura poco, y la fe que se deposita en las medidas enérgicas y decisivas muere nada más nacer.

El desconocido, por definición, es un agente movido por intenciones que a lo sumo se pueden intuir, pero que nunca se conocerán a ciencia cierta. El desconocido es la incógnita variable de todas las ecuaciones, una incógnita que debe calcularse antes de decidir cómo se debe proceder y actuar; aunque no sean objeto de ataques directos, ni exista una hostilidad manifiesta hacia ellos, la presencia de forasteros en nuestro

campo de acción sigue produciendo incomodidad, puesto que complican enormemente la labor de predecir los efectos de nuestras acciones y sus probabilidades de éxito o fracaso.

Compartir el espacio con extranjeros, vivir cerca de ellos sin haberlos invitado y sufriendo su molesta presencia, es una circunstancia que a los habitantes de las ciudades se les hace muy difícil, tal vez imposible, eludir. La proximidad de los desconocidos es su destino; por ello es preciso ensayar, poner a prueba y (si hay suerte) descubrir un *modus vivendi* que permita hacer más agradable la convivencia, y más llevadera la vida. Se trata de una necesidad dada, no negociable; pero el modo en que pretendan satisfacerla los habitantes de las ciudades es una decisión que sólo les atañe a ellos. Y las decisiones se toman a diario: por activa o por pasiva, queriendo o sin querer, por voluntad propia o siguiendo maquinalmente la rutina; de común acuerdo o por simple adhesión al gusto general que está en boga, y que aún no ha caído en el descrédito.



Acerca de São Paulo, la conurbación más grande del Brasil, metrópolis bulliciosa que no deja de crecer rápidamente, Teresa Caldeira escribe: «São Paulo, hoy en día, es una ciudad de murallas. Por todas partes se levantan barreras materiales: alrededor de las casas y los bloques de viviendas, de los parques, las plazas, los edificios de oficinas y las escuelas (...). Una nueva estética de la seguridad preside todo tipo de construcciones, e impone una lógica sin precedentes basada en la vigilancia y el aislamiento (...).»¹⁸

Quien se lo puede permitir adquiere un piso en una urbanización. Es como si fuera una ermita situada materialmente en el interior de la ciudad, aunque social y espiritualmente fuera de ella. «Existen urbanizaciones cerradas que pretenden ser mundos aparte. La publicidad promete que en ellas es posible llevar una "vida total", lo que supondría la posibilidad de abandonar el ambiente de la ciudad cada vez más deteriorado.» Una de las características más destacadas de la urbanización es su «aislamiento y lejanía de la ciudad (...)». Por aislamiento se entiende su separación de las personas juzgadas inferiores desde el punto de vista social», y, como no se cansan de repetir los contratistas y los agentes inmobiliarios, «la clave es la seguridad, lo que significa vallas y muros alrededor del edificio, guardias jurados que vigilen las entradas a todas horas y un despliegue de instalaciones y servicios (...) para prohibir el paso a los demás».

Es bien sabido que todas las vallas tienen dos lados. Dividen un espacio uniforme en exterior e interior. Pero los que están a un lado de la valla ven el exterior allí donde los que están al otro lado ven el interior. Los que residen en urbanizaciones se separan con una valla del caos y la dureza que convierte a la vida urbana en desconcertante, desagradable y vagamente amenazadora, y se recluyen en un oasis de calma y seguridad. Al mismo tiempo, sin embargo, separan a los demás de los lugares decentes y seguros cuyos valores están dispuestos a defender encarnizadamente, y los abandonan en las mismas calles sórdidas y miserables de las que huyen sin reparar en gastos. La valla separa el *ghetto* voluntario de los ricos y poderosos de los incontables *ghettos* forzados en que viven los desheredados. Para los que forman

parte del *ghetto* voluntario, los demás *ghettos* son lugares donde jamás pondrán los pies. A los habitantes de *ghettos* involuntarios, en cambio, el territorio donde se encuentran confinados (al verse excluidos de todas partes) es un espacio del que tienen prohibido salir.

En São Paulo, por ejemplo, la tendencia segregacionista y exclusivista se deja sentir de la forma más brutal, carente de escrúpulos y descarada; pero sus consecuencias se perciben también, aunque de modo más tenue, en la mayoría de las grandes capitales.

De un tiempo a esta parte, paradójicamente, las ciudades que se construyeron con el propósito de proteger a sus habitantes se asocian más bien con el peligro que con la seguridad. Como indica Nan Ellin, «sin lugar a dudas, el miedo [en la construcción y reconstrucción de las ciudades] se ha agudizado, como sugiere el aumento de casas y vehículos cerrados con llave, la abundancia de alarmas, la gran aceptación de barrios cercados y seguros entre personas de todas las edades y salarios, y la vigilancia cada vez mayor de los lugares públicos, además de las interminables noticias alarmantes que difunden los medios de comunicación».¹⁹

Las amenazas, genuinas y supuestas, que acechan a personas y propiedades se están convirtiendo rápidamente en factores muy a tener en cuenta al sopesar las ventajas e inconvenientes de un sitio donde vivir. También se les ha dado la máxima categoría en el marketing de las agencias inmobiliarias. La incertidumbre respecto al futuro, la fragilidad de la posición social y la inseguridad de la existencia son elementos omnipresentes de la vida en el mundo de la modernidad líquida. De ellos se sabe que tienen origen en lugares

remotos, y que por tanto escapan a todo control individual; suelen centrarse en objetivos muy próximos y dirigidos al terreno de los asuntos relacionados con la seguridad personal, la clase de asuntos que, a su vez, se condensan en impulsos de carácter segregacionista/exclusivista, los cuales derivan inexorablemente en guerras por la conquista del espacio urbano.

Como demuestra el perspicaz estudio de Steven Flusty,²⁰ un joven crítico de arquitectura y urbanismo norteamericano, intervenir en esa guerra con el afán particular de concebir métodos para impedir que los adversarios actuales, potenciales y supuestos tengan acceso a los territorios reclamados, y privarles además de que se acerquen demasiado a ellos, constituye la meta de toda innovación en materia de arquitectura y urbanismo en las ciudades estadounidenses, una meta que se generaliza y expande a toda velocidad. Las construcciones más novedosas, publicitadas con orgullo e imitadas profusamente, son los «espacios vetados» [*interdictory spaces*], «destinados a interceptar, repeler o filtrar a los posibles intrusos». Hablando claro, la finalidad de dichos espacios no es otra que dividir, segregar y excluir; y, de ningún modo, la de construir puentes, accesos y lugares de encuentro que faciliten la comunicación y acerquen a los habitantes de la ciudad.

Las innovaciones en materia de arquitectura y urbanismo que Flusty distingue y enumera son los equivalentes modernizados de los antiguos fosos, torreones y troneras de las antiguas murallas; pero hoy en día no se erigen para proteger a la ciudad y a sus habitantes de enemigos exteriores, sino para separarles y defender a los unos de los otros después de haberles asignado el papel de adversarios. Entre los inventos

que Flusty menciona se encuentra el «espacio resbaladizo», un «lugar que no puede alcanzarse porque le faltan vías de acceso o éstas son demasiado largas o deformes»; el «espacio espinoso», «donde no puedes instalarte cómodamente, pues lo defienden artilugios tales como aspersores montados en las paredes que se activan para echar a los merodeadores, o alféizares inclinados para evitar que la gente se siente»; el «espacio del miedo», «donde no puedes entrar sin pasar desapercibido a causa de la vigilancia continua de patrullas, alarmas conectadas a comisarías, o ambas cosas a la vez». Estos y otros tipos de espacios vetados no tienen sino un objetivo múltiple e implacable: separar los enclaves extraterritoriales del territorio continuo de la ciudad, erigir pequeñas fortalezas en cuyo interior los integrantes de la élite supraterritorial y global puedan acicalarse, cultivarse y gozar de su independencia física y de su aislamiento espiritual de los lugares concretos. En el paisaje de la ciudad, los espacios vetados se convierten en los puntos de referencia de la desintegración de la vida en común sólidamente establecida en un sitio.

Los inventos que Steven Flusty describe son manifestaciones ultramodernas de la ubicua *mixofobia*.

La mixofobia es una reacción previsible y generalizada ante la inconcebible, escalofriante y angustiosa variedad de tipos humanos y costumbres que coexisten en las calles de las ciudades contemporáneas y en sus barrios más corrientes (o sea, los que carecen de espacios vetados). A medida que se va estableciendo el multilingüismo y la diversidad cultural en el ambiente urbano propios de la era de la globalización, fenómeno que seguramente se intensificará con el tiempo en vez de declinar, las tensiones que comporta la hu-

millante/perturbadora/irritante extrañeza de la situación seguirá provocando, con toda probabilidad, impulsos segregacionistas.

El desahogo de dichos impulsos puede mitigar (temporal aunque repetidamente) la escalada de tensiones. Es esperanzador: puede que las diferencias desconcertantes y molestas no tengan remedio, pero tal vez se podrían atenuar asignando a cada grupo una zona aparte, inclusiva a la vez que exclusiva, bien delimitada y protegida... A falta de una solución radical, tal vez sería posible que cada uno obtuviera, para sí mismo y para los suyos, como también para sus semejantes, un territorio libre de la confusión y el desorden de que adolecen irremediabilmente otras partes de la ciudad. La mixofobia se manifiesta por la tendencia a buscar islas de semejanza e igualdad en medio del mar de la diversidad y la diferencia.

Los orígenes de la mixofobia son triviales: se encuentran sin dificultad alguna, son fáciles de comprender aunque no tanto de perdonar. Como sugiere Richard Sennett «el sentimiento de “nosotros”, que expresa el deseo de parecerse a los demás, es una excusa para que no tengamos que calar más hondo los unos en los otros».²¹ Podríamos decir que promete cierto consuelo espiritual: la posibilidad de hacer más tolerable la vida en común eliminando el esfuerzo de comprender, negociar y pactar que comporta la convivencia en medio de la diversidad. «El formarse un concepto coherente de la sociedad trae aparejado el deseo innato de no querer participar en ella. El sentimiento que nos une a los demás sin compartir sus experiencias aparece porque nos asusta el participar en la sociedad, nos asustan los peligros y

amenazas que conlleva, así como el dolor que nos puede causar.»

La tendencia a buscar una comunidad de semejantes no sólo significa que se renuncia a la alteridad del exterior, sino también que uno quiere privarse de la influencia recíproca, animada aunque turbulenta, estimulante aunque incómoda, que se da en el interior. El atractivo de la comunidad de semejantes es el de una póliza de seguros contra los múltiples peligros que comporta la vida diaria en un mundo multilingüe. No reduce dichos peligros, ni tampoco los conjura en absoluto. Al igual que todos los paliativos, no hace más que prometer un refugio contra sus efectos más inmediatos y temibles.

Elegir la vía de escape, dejándose llevar por la mixofobia, tiene consecuencias sumamente perniciosas: cuanto más se perpetúa y se refuerza la estrategia exclusivista, más ineficaz resulta. Sennett explica a qué se debe semejante situación, y por qué no puede ser de otro modo: «En las dos últimas décadas, las ciudades norteamericanas han crecido de tal manera que los barrios donde habitan extranjeros se han vuelto relativamente homogéneos; no parece casual, pues, que el miedo a los extranjeros se haya agudizado hasta el extremo de aislar dichos barrios». Cuanto más tiempo permanecemos en un medio uniforme —en compañía de personas semejantes, con las que podemos alternar de modo superficial y prosaico, sin exponernos a malentendidos y sin tener que bregar con la humillante necesidad de traducir significados radicalmente distintos—, más probabilidades hay de que «desaprendamos» el arte de llegar a fórmulas conciliatorias y a un *modus convivendi*.

Puesto que han olvidado o no han querido desarrollar las habilidades necesarias para vivir en medio de la diversidad, no es de extrañar que a tales personas les horrorice cada vez más la perspectiva de toparse cara a cara con los extranjeros. Los extranjeros tienden a parecer más terroríficos cuanto más lejanos, desconocidos e incomprensibles los vemos; y cuanto más se debilitan, o ya ni siquiera arrancan, el diálogo y la interacción mutuos que podrían terminar asimilando su alteridad a nuestro mundo de cada día. Puede que la tendencia a buscar un territorio aislado y homogéneo venga provocada por la mixofobia, pero la práctica de la segregación territorial es el salvavidas y el alimento de dicha mixofobia.

A pesar de todo, la mixofobia no es la única combatiente en el campo de batalla urbano.

La vida en la ciudad tiene fama de ser una experiencia que despierta sentimientos encontrados. Atrae y repele a la vez, y, para complicar aún más la existencia de sus habitantes, son los mismos aspectos de dicha vida los que atraen y repelen de manera intermitente o simultánea... La desconcertante variedad del ambiente urbano es una fuente de temores (sobre todo para los que han perdido el norte al verse sumidos en un estado de incertidumbre aguda a causa de la inestabilidad que nos ha traído la globalización). El mismo fulgor caleidoscópico del paisaje urbano, al que nunca faltan novedades y sorpresas, determina el embrujo irresistible de las ciudades y su poder de seducción.

Así pues, ante el espectáculo siempre deslumbrante e interminable de la ciudad, no tenemos la sensación inequívoca de vivir una pesadilla o una maldición; ni siquiera cuando

huimos de él sentimos un alivio completo. La ciudad provoca *mixofilia* y, al mismo tiempo, *mixofobia*. La vida urbana es un asunto que provoca, intrínseca e irremediablemente, emociones opuestas.

Cuanto más grande y heterogénea es una ciudad, más atractivos puede contener y ofrecer. La concentración masiva de desconocidos es un repelente y, a la vez, un imán potentísimo que atrae a legiones de hombres y mujeres cansados de la monotonía de la vida rural o provinciana, hartos de la uniformidad cotidiana, y aburridos de la escasez de expectativas que conlleva. La variedad es una promesa de oportunidades, de múltiples y diferentes oportunidades, de oportunidades para todos los gustos y aptitudes. Así pues, cuanto más grande sea la ciudad, más probable será que atraiga a un número cada vez mayor de personas que rechazan o no encuentran acomodo ni prosperidad en sitios más pequeños y, por tanto, menos tolerantes para con los que se desvían de la norma, y más cicateros a la hora de brindar oportunidades. Según parece, la *mixofilia*, al igual que la *mixofobia*, es una tendencia autónoma que se propaga y se renueva sola. No es probable que ambas se agoten ni pierdan su vigor en el curso de la reforma y renovación de las ciudades.

La *mixofobia* y la *mixofilia* coexisten en todas las ciudades, pero también se hallan en el interior de todas las personas que habitan en ellas. Hay que reconocer que se trata de una coexistencia precaria y revuelta, pero que tiene mucha importancia para las personas que son víctimas de los sentimientos encontrados propios de la modernidad líquida.

Ya que los extranjeros están predestinados a seguir viviendo los unos en compañía de los otros —sean cuales sean

las vicisitudes de la historia urbana—, el arte de vivir en paz y armonía con la diferencia, y de beneficiarnos, serenamente, de la variedad de estímulos y oportunidades que comporta, es una de las habilidades primordiales que el habitante de una ciudad debe adquirir y poner en práctica.

Dada la movilidad cada vez mayor, propia de la modernidad líquida, y la rápida transformación de actores, argumentos y escenarios del teatro urbano, no es previsible que la *mixofobia* desaparezca completamente, pero quizá haya alguna forma de equilibrar las proporciones de la mezcla de la *mixofilia* y la *mixofobia*, y de reducir así el desconcierto y la angustia que provoca el impacto de la *mixofobia*. Parece ser, efectivamente, que los arquitectos y urbanistas podrían contribuir enormemente al fomento de la *mixofilia*, disminuyendo las ocasiones que puedan dar pie a reacciones *mixofóbicas* ante las dificultades de la vida en la ciudad. Y, por lo visto, también pueden contribuir enormemente a producir el efecto contrario.

Como decíamos más arriba, la segregación de los barrios residenciales y de los espacios abiertos al público, negocio redondo para los contratistas, y cebo ideal para sus clientes al ser un apaño rápido contra la angustia que provoca la *mixofobia*, en realidad es la causa principal de dicha *mixofobia*. Las soluciones existentes crean, por decirlo así, los problemas que pretenden resolver: los constructores de barrios cercados y edificios de pisos sometidos a vigilancia, así como los arquitectos que proyectan espacios vetados, son los que crean, reproducen e intensifican la necesidad y la demanda que pretenden satisfacer.

La paranoia *mixofóbica* es un círculo vicioso que actúa como una profecía que lleva en sí el germen de su cumpli-

miento. Si se ofrece y se acepta la segregación como si fuera un remedio radical para el peligro que representan los extranjeros, la convivencia con ellos se vuelve más difícil cada día. Homogeneizar los barrios, y después reducir al mínimo inevitable todo comercio y comunicación entre ellos, es la fórmula infalible para avivar e intensificar el deseo de excluir y segregar. Semejante medida puede contribuir a aliviar los dolores que padecen las personas aquejadas de mixofobia, pero el remedio es patógeno en sí mismo y empeora el sufrimiento, por lo que siempre se requieren dosis más fuertes de la medicina para que el dolor sea soportable. La homogeneidad social del espacio, acentuada y reforzada por la segregación, reduce la capacidad para tolerar la diferencia de los habitantes de las ciudades y multiplica las ocasiones que pueden dar pie a reacciones mixofóbicas, lo que aumenta los peligros de la vida urbana, haciéndola más angustiosa en lugar de más agradable y llevadera.

Una estrategia urbanística que fuera la antítesis de la actual contribuiría al afianzamiento y el cultivo de sentimientos mixofílicos: la creación de numerosos espacios públicos, abiertos y hospitalarios, a los que acudirían de buen grado toda clase de personas y no tendrían reparo en compartir.

Según la famosa reflexión que formula Hans Gadamer en su obra *Truth and Method*,²² el entendimiento mutuo nace de la «fusión de horizontes», los horizontes cognitivos, es decir, los que se trazan y expanden a medida que se va acumulando experiencia vital. La fusión que requiere el entendimiento mutuo sólo puede provenir de la experiencia compartida; y compartir la experiencia es inconcebible si antes no se comparte el espacio.

NOTAS

1. CASTEL, Robert. *L'insécurité sociale: Qu'est-ce qu'être protégé?* París: Éditions du Seuil, 2003.
2. FREUD, Sigmund. *El malestar en la cultura*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1974. Traducción del alemán de Luís López Ballesteros.
3. CASTEL, Robert. *Op. cit.*
4. *Ibidem.*
5. *Ibidem.*
6. BAUMAN, Zygmunt. *Individualized society*. Cambridge: Polity Press, 2001. [*La sociedad individualizada*. Madrid: Cátedra, 2001.]
7. CASTEL, Robert. *Op. cit.*
8. DRUCKER, Susan J.; GUMPERT, Gary. «The Mediated Home in a Global Village», en *Communication Research*. Evanston, IL: 25, 4 (agosto 1998).
9. GRAHAM, Stephen; MARVIN, Simon. *Splintering Urbanism*. Nueva York: Routledge, 2001.
10. *Ibidem.*
11. SCHWARZER, Mitchell. «Ghost Wards: The Flight of Capital from History», en *Thresholds*, Cambridge, MA: 16 (1998).
12. CASTELLS, Manuel. *The Informational City*. Oxford: Blackwell, 1989. [*La ciudad informacional. Tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*. Madrid: Alianza, 1995.]
13. SMITH, Michael Peter. *Transnational Urbanism: Locating Globalization*. Oxford: Blackwell, 2001.
14. FRIEDMAN, John. «Where We Stand: A Decade of World City Research», en KNOX, P. L.; TAYLOR, P. J. (eds.). *World Cities in a World System*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995; HARVEY, David. «From Space to Place and Back Again: Reflections on the Condition of Postmodernity», en BIRD, J; CURTIS, B.; PUTMAN, T.; ROBERTSON, G.; TICKNER, L. (eds.). *Mapping the Futures: Local Cultures, Global Change*. Londres: Routledge, 1993.
15. CASTELLS, Manuel. *The Information Age: Economy, Society and Culture*, vol. II, *The Power of Identity*. Oxford: Blackwell, 1977. [*La era de la información*, vol. II, *El poder de la identidad*. Madrid: Alianza, 1998.]

16. CASTELLS, Manuel. «Grassrooting the Space of Flows», en AOYAMA, Y; WARF, B.; WHEELER, J. (eds.). *Cities in the Telecommunications Age: The Fracturing of Geographies*. Nueva York: Routledge, 1999.
17. SMITH, Michael Peter. *Op.cit.*
18. CALDEIRA, Teresa. «Fortified Enclaves: The New Urban Segregation», en *Public Culture*. 8, 2 (1996).
19. ELLIN, Nan. «Shelter from the Storm, or Form Follows Fear and Vice Versa», en ELLIN, Nan; Blakely, E. J. (ed.). *Architecture of Fear*, Nueva York: Princeton Architectural Press, 1977.
20. FLUSTY, Steven. «Building Paranoia», en *Architecture of Fear*.
21. SENNETT, Richard. *The Uses of Disorder: Personal Identity and City Life*. Londres: Faber & Faber, 1996. [*Vida urbana e identidad personal*. Barcelona: Península, 2001.]
22. GADAMER, Hans. *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme, 1993.

EN BUSCA DE REFUGIO EN LA CAJA DE PANDORA

«A falta de consuelo existencial, hemos terminado conformándonos con la seguridad, o con una aparente seguridad» afirman los directores de *The Hedgehog Review*, en su introducción al número especial dedicado al miedo.¹

El terreno sobre el que suponemos que descansan nuestras perspectivas vitales es, a todas luces, poco firme; lo mismo que nuestros empleos y las empresas que los ofrecen, la relación con nuestras parejas y amigos, el prestigio de que disfrutamos en sociedad, y la autoestima y confianza en uno mismo. El progreso, antaño la manifestación más extrema de optimismo radical, promesa de felicidad eterna y universal, se ha trasladado al polo opuesto, antiutópico y fatalista, de las previsiones: hoy en día representa la amenaza de una evolución despiadada e ineludible que no augura paz y tranquilidad, sino crisis y tensiones continuas, al tiempo que no permite ni un momento de reposo; una especie de juego de las sillas en el que la más pequeña distracción comporta una derrota irreversible y la exclusión sin concesiones. En lugar de grandes esperanzas y sueños dorados, el progreso evoca noches de insomnio cuajadas de pesadillas en las que uno se queda rezagado, pierde el tren o se preci-

pita por la ventana de un vehículo mientras éste acelera la marcha.

Incapaces de frenar la velocidad de vértigo de la evolución, y aún menos de predecir y gobernar su trayectoria, fijamos nuestra atención en cosas en las que podemos influir (o en las que creemos poder influir, o eso nos aseguran): tratamos de calcular y reducir las posibilidades de que nosotros, o los nuestros, seamos víctimas de alguno de los incontables e indefinidos peligros que nos reserva el mundo impenetrable y su futuro incierto. Estamos absortos intentado detectar los «siete síntomas del cáncer», o los «cinco indicios de la depresión», o haciendo lo imposible por conjurar el fantasma de la hipertensión y del colesterol elevado, del estrés o la obesidad. En pocas palabras, buscamos sustitutivos en los que desahogar un exceso de miedo cuyas válvulas de escape naturales han sido bloqueadas, e improvisamos tales sucedáneos tomando infinitas precauciones para evitar el humo del tabaco, el exceso de peso, los alimentos de poco valor nutritivo, las relaciones sexuales sin preservativo o la exposición al sol. Los que pueden permitírselo se acorazan contra toda suerte de peligros, visibles e invisibles, presentes o anticipados, conocidos o por conocer, imprecisos aunque ubicuos, encerrándose detrás de murallas e instalando cámaras de televisión en los accesos a sus viviendas, contratando a guardias de seguridad, circulando en vehículos blindados (como los infames todoterrenos), vistiendo prendas reforzadas (como los zapatos de suela gruesa), o aprendiendo artes marciales. «Lo malo del caso», sugiere David L. Altheide,² «es que tales actividades reafirman y fomentan una impresión de caos que nuestras acciones terminan por precipitar». Cada nueva cerradura

que instalamos en la puerta principal, ante una sucesión de rumores sobre las tropelías de ciertos delincuentes de rasgos extranjeros; cada cambio en nuestra alimentación debido a las reiteradas noticias alarmantes acerca de «alimentos peligrosos», no hace sino agudizar nuestra creencia de que el mundo es cada vez más peligroso y temible, y nos induce a adoptar más medidas defensivas; un proceso que, lamentablemente, se irá reproduciendo. Nuestros temores han terminado por perpetuarse y reafirmarse por su cuenta, y además han ido tomando impulso.

La inseguridad y el miedo pueden producir (y producen) buenos dividendos. «Los publicistas», argumenta Stephen Graham,³ «se han dedicado a explotar el temor generalizado a las catástrofes terroristas con el fin de aumentar las ventas, de lo más rentables, de vehículos todoterreno». Esos monstruos que consumen ríos de gasolina, llamados eufemísticamente «utilitarios deportivos», y que en los Estados Unidos ya constituyen un 45% de las ventas de automóviles, se están incorporando a la vida urbana de cada día en calidad de «cápsulas defensivas». El todoterreno representa, «al igual que los barrios cercados [*gated communities*] por los que suele circular, la seguridad e inmunidad ante los riesgos y los imprevistos de salir a la calle que prometen los anuncios (...). Podría decirse que esos vehículos mitigan el miedo que siente las clases medias urbanas a moverse —o a quedarse atrapadas en el tráfico— de su propia ciudad».

Lo mismo que el dinero contante y sonante listo para cualquier inversión, el capital del miedo puede emplearse en el negocio que sea: tanto comercial como político. Y, cierta-

mente, se emplea. La seguridad personal se ha convertido en un atractivo muy importante, tal vez el más importante, que se ofrece al comprador en toda clase de estrategias de mercado. El orden público, reducido cada vez más a una simple promesa de seguridad personal, se ha convertido en un atractivo muy importante, tal vez el más importante, que se ofrece al votante en programas políticos y campañas electorales. El mostrar con todo lujo de detalles las amenazas a la seguridad personal se ha convertido en un recurso muy importante, tal vez el más importante, en la guerra que libran los medios de comunicación para aumentar el índice de espectadores (fomentando todavía más el éxito de la utilización comercial y a la vez política del capital del miedo). Como afirma Ray Surette,⁴ el mundo, tal y como aparece en televisión, se parece a un rebaño de «ciudadanos borregos» protegido de los «delincuentes lobos» por «policías perros pastores».

Todo ello no puede sino afectar, o más bien revolucionar, las circunstancias de la vida urbana, la interpretación que hacemos de ésta y las esperanzas y temores que solemos asociar con el ambiente de las ciudades. Y cuando hablamos de las circunstancias de la vida urbana, nos referimos de hecho a las circunstancias de la humanidad. Según las previsiones actuales, dentro de dos décadas, aproximadamente, dos de cada tres personas vivirán en ciudades, y nombres que no se oyen casi nunca, como Chungking, Shenyan, Pune, Ahmadabad, Surat o Yangon, serán sinónimos de cinco millones de seres humanos hacinados en una conurbación; al igual que otros nombres, como Kinshasa, Abidjan o Belo Horizonte, que actualmente se asocian más a vacaciones exóticas

que a la primera línea de las batallas contemporáneas por la conquista de la modernización. Las ciudades recién llegadas a la primera división de las aglomeraciones urbanas, casi todas ellas en quiebra parcial o completa, tendrán al menos que intentar «resolver en 20 años la clase de dificultades que Londres o Nueva York sólo consiguieron abordar a duras penas en 150».⁵ Lo que sabemos hoy en día de las consabidas preocupaciones y miedos que acosan a las capitales más antiguas, puede verse eclipsado por las vicisitudes a que deberán enfrentarse los nuevos colosos.

A nuestro planeta todavía le falta mucho para llegar a ser la «aldea global» de que habla Marshall McLuhan. Hace muchos años, después de explorar lo que quedaba del mundo rural premoderno, Robert Redfield llegó a la conclusión de que la cultura agrícola, siendo como es incompleta e incapaz de bastarse a sí misma, no puede describirse como es debido, y menos aún comprenderse, a menos que se incluya en el contexto de una vecindad que comprenda un municipio con el que los lugareños mantengan una relación de servicio y dependencia recíprocos. Cien años más tarde podemos afirmar que el único contexto a partir del cual debe estudiarse todo lo rural, para poder ser descrito y explicado correctamente, es el contexto del planeta. Incluir en ese contexto una ciudad vecina, por muy grande que sea, no servirá para nada. Tanto el pueblo como la ciudad son los escenarios de fuerzas inalcanzables, así como de los procesos que ellas mismas ponen en marcha; fuerzas que nadie comprende ni puede controlar, y no sólo los lugareños afectados y los habitantes de la ciudad, sino también sus propios artífices. El antiguo proverbio que dice que el hombre dispara y Dios dirige las ba-

las debe formularse de otro modo: puede que los habitantes de pueblos y ciudades lancen los proyectiles, pero son los mercados mundiales los que los dirigen.

En su sección titulada «Countryside Commentary», el *Corner Post* publicó un artículo de Elbert van Donkersgoed (asesor estratégico de la Federación de Agricultores Cristianos de Ontario, Canadá), con fecha 24 de mayo de 2002, de título elocuente: «Los daños colaterales de la globalización». ⁶ «Cada año producimos más alimentos con menos mano de obra y un uso más prudente de los recursos», observa Van Donkersgoed. «Los agricultores han empezado a trabajar con más rapidez, invirtiendo en maquinaria que les ahorra esfuerzo y en métodos de gestión muy precisos para obtener productos de mayor calidad.» Cada vez se necesitan menos personas para realizar el trabajo. En el espacio de cuatro años, hasta febrero de 2002, 35.000 trabajadores han desaparecido de las estadísticas de Ontario, redundantes a causa del progreso de la técnica y reemplazados por máquinas nuevas mucho más eficaces (es decir, que ahorran trabajo). El hecho, sin embargo, es que según los libros de economía clásicos, por no hablar de la lógica más elemental, un aumento tan espectacular de la productividad tendría que haber enriquecido los círculos rurales de Ontario y elevado vertiginosamente las ganancias de sus agricultores; con todo, no hubo señal alguna de que aumentara la opulencia de la región. Van Donkersgoed formula la única conclusión que se nos ocurre: «Los beneficios que produce la agricultura se están acumulando en otros sectores de la economía. ¿Por qué? Por obra de la globalización». A su modo de ver, la globalización ha dado pie a que «las empresas de material

agrícola adquieran el hábito de fusionarse y comprar otras empresas (...). Los motivos que aducen, que “es necesario para competir con los demás en el mercado mundial”, puede que sean verdad, pero tales fusiones también han creado una telaraña de monopolios» que «captura los beneficios que rinde la producción agrícola». «Las grandes empresas», prosigue, «se convierten en saqueadores gigantes que terminan por expoliar los mercados. Pueden servirse (y se sirven) del poder económico para obtener lo que deseen del campo. Los intercambios voluntarios y el comercio entre iguales están dando paso a una economía rural basada en el control y el mando».

Trasladémonos ahora unos cuantos miles de kilómetros al sudoeste de Ontario, a Namibia, uno de los países que las estadísticas sitúan entre los más ricos de África. Como explica Keen Shore,⁷ el número de habitantes de las zonas rurales de Namibia, hasta hace poco un país formado principalmente por campesinos, ha caído en picado en los últimos diez años; en cambio, la población de Windhoek, la capital, se ha duplicado. La población sobrante de las regiones rurales se ha trasladado a los suburbios que han aparecido como hongos alrededor de la ciudad relativamente próspera, atraída por las «ilusiones, no por la realidad», puesto que actualmente «no hay empleos para todas las personas que buscan trabajo». «La enorme cantidad de recién llegados, comparada con la expansión de la economía urbana de Windhoek, parece indicar que debe de haber una multitud de personas que no ganan salario alguno.» Ésta fue la conclusión a que llegó Bruce Fayne, urbanista regional de Namibia e investigador —con varios premios en su haber— de la Universidad

de Queens, en Canadá. La Namibia rural sigue deshaciéndose de los excedentes de trabajadores, mientras que el crecimiento de la capital de la Namibia urbana no es suficiente para acogerlos. Por la razón que sea, los beneficios suplementarios, prometidos por el incremento de la producción agrícola, no se quedaron en el campo ni han llegado a las ciudades. Siguiendo el ejemplo de Donkersgoed podríamos preguntarnos ¿por qué? y, al igual que él, responder: por la globalización.

En las zonas del planeta que sufren las presiones que provoca la globalización «las ciudades se han convertido en campos de refugiados para los desahuciados de la vida rural», observa Jeremy Seabrook.⁸ Y a continuación pasa a describir la vida que seguramente van a encontrar: «Nadie les da trabajo. No tienen otro remedio que conducir *rickshaws* o hacer de criados; comprar un puñado de plátanos y colocarlos en la acera para venderlos; ofrecerse de mozos o peones de albañil. Éste es el sector informal. En la India, menos del 10% de sus habitantes trabaja en las debidas condiciones, y la cifra sigue reduciéndose a causa de la privatización de las sociedades públicas».

Como señala Nan Ellin,⁹ uno de los analistas más perspicaces de las tendencias urbanas contemporáneas, protegerse del peligro fue «uno de los principales incentivos para edificar ciudades cuyas fronteras solían estar delimitadas por amplias murallas o vallas, desde los antiguos pueblos de Mesopotamia a las ciudades medievales, pasando por los

poblados de los indios norteamericanos». Las murallas, fosos o empalizadas señalaban los límites entre «nosotros» y «ellos», entre el orden y el desierto, entre la paz y la guerra: los enemigos eran los que se quedaban al otro lado de la valla, y no se les permitía franquearla. «De ser un sitio relativamente seguro», la ciudad ha ido asociándose, sobre todo en los últimos cien años, «más bien con el peligro que con la seguridad». Hoy en día, trocando su función histórica de la forma más curiosa, y a pesar de sus intenciones y expectativas originarias, nuestras ciudades están pasando rápidamente de ser un refugio contra los peligros a ser la causa principal de estos peligros. Diken y Laustsen llegan al extremo de sugerir¹⁰ que «el vínculo milenario entre civilización y barbarie se ha invertido. La vida urbana se transforma en una jungla donde impera el terror, acompañado de un miedo omnipresente».

Podemos afirmar que las causas del peligro se han trasladado al corazón de la ciudad. Los amigos, los enemigos y, por encima de todo, los extranjeros esquivos y misteriosos que oscilan amenazadoramente entre los dos extremos, se entremezclan y se codean en las calles de la ciudad. La guerra contra la inseguridad y sus peligros se libra actualmente en el interior de la ciudad, y es allí donde se establecen los campos de batalla y se trazan las líneas del frente. Las trincheras y los búnkeres acorazados, que tienen por objeto parar los pies a los intrusos e impedirles el paso a toda costa, se están convirtiendo en uno de los aspectos más visibles de las ciudades contemporáneas, aunque adoptan numerosas formas y sus creadores hacen lo posible para que sus obras pasen desapercibidas, normalizando así el estado de excepción en que viven

a diario los ciudadanos obsesionados por la seguridad.

La forma más común de muralla defensiva, cada vez más de moda, son los barrios cercados (los folletos de las inmobiliarias y los mismos residentes recalcan lo de «cercados», no lo de «barrios»), en cuya entrada nunca faltan los guardias y las pantallas de vídeo. Los barrios cercados, en los Estados Unidos, superan ya el número de 20.000, mientras que sus habitantes rebasan los 8 millones personas. El significado de «cerca» se vuelve más complejo cada año que pasa. En California, por ejemplo, existe una comunidad de viviendas llamada «Desert Island» [isla desierta], que está rodeada por un foso de 25 acres. Brian Murphy construyó una casa para Dennis Hopper, en Venice, con una fachada sin ventanas, de chapa ondulada, parecida a la de un búnker. El mismo arquitecto levantó otra casa de lujo, también en Venice, entre los muros de un edificio en ruinas, cubriéndola primero de pintadas para que diera la impresión de que formaba parte del deterioro general de la calle.

Las construcciones que pasen inadvertidas, de la manera más artificiosa y rebuscada posible, son una tendencia cada vez más en boga de la arquitectura guiada por el miedo: ya sea por un exterior de lo más adusto, cuya apariencia de fortaleza resulta aún más desagradable y humillante a causa de la profusión bien visible de puestos de control y guardias uniformados; o de la ostentación insolente y autoritaria de adornos y oropeles provocadoramente chillones.

La arquitectura del miedo y la intimidación se extiende por los lugares públicos de las ciudades transformándolos, incansable aunque furtivamente, en zonas vigiladas y controladas a todas horas. La inventiva, en este campo, no tiene

límites. Nan Ellin menciona varios dispositivos –de origen norteamericano algunos de ellos, pero imitados por doquier–, como unos bancos (que pueden verse en los parques de Los Ángeles) en forma de barril, «a prueba de vagabundos», dotados de aspersores. (En Copenhague se excedieron todavía más al quitar todos los bancos de la estación central y multar a los pasajeros que se sentaban en el suelo a esperar su tren.) También describe un mecanismo compuesto por aspersores y una música ensordecedora que sirve para echar a los que merodean por los alrededores de las tiendas abiertas veinticuatro horas.

En cuanto a las sedes de ciertas empresas y los grandes almacenes, que hasta hace poco constituían los lugares públicos por excelencia, sus directivos han optado por abandonar el centro de las ciudades e instalarse en entornos artificiales creados de la nada, y provistos de algunos toques urbanos de pacotilla, como tiendas, restaurantes y unas cuantas viviendas, para disimular el esmero dedicado en conjurar y suprimir las principales atracciones de la ciudad: su espontaneidad, su flexibilidad y su capacidad de sorprender y ofrecer aventura (todas las razones por las cuales el *Stadluft* [el aire de la ciudad] se consideraba *frei machen* [liberador]). Un caso ejemplar de semejante moda cargada de simbolismo sería el paseo marítimo de Copenhague, repleto de edificios empresariales imponentes aunque nada acogedores, fortificados y vallados a conciencia, construidos únicamente para ser contemplados de lejos, al igual que las paredes ciegas de La Defense, pero cerrados al público. El mensaje que transmiten salta a la vista de manera inequívoca: los que están al servicio de las empresas que hay en el in-

terior habitan el ciberespacio global; su relación material con el espacio de la ciudad es superficial, contingente y frágil, como demuestra claramente la grandiosidad majestuosa de la fachada monolítica, dotada de muy pocos accesos camuflados con esmero. Las personas del interior se encuentran en el lugar donde han construido sus despachos, pero no pertenecen a él. Ya no tienen intereses creados en la ciudad donde casualmente han acampado durante algún tiempo; el único favor que piden a los ancianos de la ciudad es que los dejen en paz. Como es muy poco lo que reclaman, tampoco se sienten obligados a devolver mucho.

Richard Rogers, uno de los arquitectos británicos más reputados, dirigió la siguiente advertencia a los participantes en un coloquio sobre urbanismo celebrado en Berlín en el año 1990: «Cuando propones un proyecto a un inversor, enseguida te pregunta, “¿por qué hay que poner árboles, o soportales?”. A los promotores sólo les interesa el espacio reservado a oficinas. Si de entrada no puedes asegurarle que va a amortizar el edificio en sólo diez años, vale más no planteárselo en absoluto.»¹¹

Rogers describe Londres, donde ha aprendido esta dura lección, como «una ciudad paralizada desde el punto de vista político, como si estuviera casi completamente en poder de los promotores». Cuando se trata de realizar reformas fundamentales en el trazado urbano, como la ampliación y mejora de sus astilleros, una de las obras más titánicas de Europa, el proyecto se aprueba sin más consideración que la que merecería la «solicitud de un rótulo luminoso para cualquier puesto de *fish and chips* en el East India Dock Road». El espacio público fue la primera «víctima colateral» de la

ardua lucha que libraba la ciudad para detener el avance implacable del gigante mundial, o por lo menos para hacerlo más lento. Así pues, Rogers llega a la siguiente conclusión: «Lo que hace falta, esencialmente, es una institución que proteja el espacio público».

Del dicho al hecho hay mucho trecho. ¿Dónde tendría que buscarse una institución de este tipo? Y, de encontrarla, ¿con qué medios debería contar para emprender semejante labor?



Hasta hoy, la historia del urbanismo no resulta en su conjunto demasiado alentadora. Acerca de la ordenación urbana de Londres, por ejemplo, su incisivo narrador John Reader tiene algo que decir: «Estaba cambiando el orden social y la distribución de la población londinense, pero de una forma que nada tenía que ver con lo que pudieran imaginarse o considerar ideal los proyectistas. Era un ejemplo clásico del modo en que la evolución de la economía, la sociedad y la cultura pueden llegar a contradecir —y hasta invalidar— las ideas y teorías que han propugnado los urbanistas».¹³

En las tres primeras décadas de la posguerra, Estocolmo —ciudad que aceptó y adoptó sin reservas la creencia sublime de los visionarios modernistas, o de inclinación modernista, según la cual sólo había que reestructurar el territorio que ocupaban las personas para mejorar la forma y la naturaleza de su sociedad— estuvo tal vez más cerca que ninguna otra capital de llevar a la práctica la utopía socialdemócrata. El ayuntamiento de Estocolmo no sólo facilitó a todos sus habitantes

una vivienda en condiciones, sino también una serie de actividades recreativas enriquecedoras, así como toda clase de prestaciones asistenciales. En cuestión de tres décadas, sin embargo, y sin que los organizadores pudieran preverlo, el humor de la población empezó a cambiar. Las bondades de la nueva ordenación urbana fueron puestas en duda, irónicamente, por las mismas personas (jóvenes) que habían nacido en la ciudad reformada con el fin de hacer más feliz la vida a sus habitantes. Los ciudadanos de Estocolmo, en particular los más jóvenes, abandonaron el alojamiento comunal donde todo estaba previsto, calculado y suministrado, y se lanzaron de cabeza a las aguas turbulentas del mercado de la vivienda privada. El resultado de su fuga masiva, como descubrió Peter Hall,¹⁴ no fue en conjunto muy atractivo, dando lugar a «casas apiñadas en hileras uniformes e insípidas, que recordaban los barrios residenciales norteamericanos de la peor especie», «pero había una gran demanda y se vendían fácilmente».

La inseguridad produce miedo, por lo que no es de extrañar que los urbanistas atribuyan la máxima urgencia a intentar combatirla, o al menos así lo creen, o se muestran muy convencidos de ello. Lo malo es que, además de la inseguridad, es posible que también desaparezcan de las calles las principales atracciones de la vida urbana, como la espontaneidad, la flexibilidad, la capacidad para sorprender y ofrecer aventura. El sustituto de la inseguridad no es el éxtasis de la calma sino la maldición del aburrimiento. ¿Es posible erradicar el miedo suprimiendo igualmente el tedio? Cabe sospechar que este enigma va a ser el dilema primordial al que deberán hacer frente los urbanistas y arquitectos; un dilema al que todavía no se ha encontrado ninguna solución

convinciente, satisfactoria e indiscutible; una pregunta a la que tal vez no pueda contestarse de forma rotunda, pero que (acaso por ese mismo motivo) seguirá impulsando a arquitectos y urbanistas a experimentar con más pasión y a poner más audacia en sus inventos.

■

Desde el principio, las ciudades fueron sitios en que los desconocidos convivían en estrecha proximidad sin dejar de ser desconocidos. Vivir en compañía de desconocidos siempre es un tanto alarmante (aunque no siempre asusta), ya que éstos, por naturaleza, y a diferencia de los amigos y enemigos, albergan intenciones, pensamientos y modos de reaccionar ante situaciones comunes que nos resultan desconocidas, o no lo bastante conocidas, lo que nos impide anticipar su comportamiento. Una muchedumbre de desconocidos provoca una sensación endémica e incurable de que algo imprevisible puede ocurrir. Dicho de otra manera: los desconocidos son la personificación del riesgo. El riesgo no puede existir si no hay cierto temor a sufrir daño o a ser derrotado, pero si no existe el riesgo tampoco hay ninguna posibilidad de ganar o vencer; por eso, los sitios plagados de riesgos no pueden sino suscitar una impresión de ambigüedad endémica, que a su vez provoca sentimientos y actitudes encontrados. Los sitios plagados de riesgos suelen atraer y repeler al mismo tiempo, y el punto en el que una reacción se convierte en la contraria es muy variable e incierto, imposible de ubicar con exactitud.

El espacio es público siempre y cuando los hombres y las mujeres puedan acceder a él, y es probable que lo hagan,

sin selección previa. No se requieren permisos, ni un registro de los que llegan y de los que se van. Así pues, la presencia en el espacio público debe ser anónima, por lo que, inevitablemente, las personas que hay en él no se conocen entre sí ni son conocidas por los encargados del espacio en cuestión. Los espacios públicos son lugares donde los desconocidos coinciden y, por tanto, condensan y compendian los rasgos característicos de la vida urbana. Es en los espacios públicos donde la vida urbana, y todo lo que la diferencia de otras clases de colectividad, alcanza su máxima expresión, junto con sus proverbiales alegrías y tristezas, premoniciones y esperanzas.

Por tales motivos, los espacios públicos son lugares donde compiten la atracción y la repulsión en proporciones distintas y rápidamente variables. Así pues, son lugares vulnerables, propensos a ataques maniáco-depresivos o esquizofrénicos, pero al mismo tiempo son los únicos donde la atracción tiene la posibilidad de desbancar a la repulsión y hasta de neutralizarla. Son, en pocas palabras, lugares donde se descubren y se ponen en práctica los métodos para una vida urbana satisfactoria. Los lugares públicos son el escenario concreto donde se está decidiendo, ahora mismo, el futuro de la vida urbana (y también de la convivencia mundial, dado que la mayoría de los habitantes del planeta reside en ciudades).

Seamos precisos: no nos referimos a los espacios públicos en general, sino solamente a los que renuncien tanto a la ambición moderna de borrar del mapa las diferencias, como a la tendencia posmoderna que lleva a la fosilización de dichas diferencias mediante la separación y el distanciamiento de unos y otros. Hablamos de los lugares públicos que reco-

nozcan el valor original y enriquecedor de la diversidad, y animen a las personas diferentes a entablar un diálogo que valga la pena. Repitiendo una vez más las palabras de Nan Ellin: «Al permitir que prospere la diversidad (de personas, actividades y credos)», el espacio público posibilita la integración (o la reintegración) «sin destruir las diferencias; en realidad las celebra. El miedo y la inseguridad se van calmando gracias a la preservación de la diferencia y al hecho de poder moverse uno a sus anchas por la ciudad». La tendencia a abandonar los lugares públicos y recluirse en islas de iguales es lo que termina siendo el principal impedimento para convivir con la diferencia, puesto que hace languidecer, hasta suprimirla, la capacidad para el diálogo y la negociación. El trato con la diferencia, sin embargo, se convierte con el tiempo en el factor primordial para una coexistencia agradable, puesto que hace languidecer y suprime las raíces urbanas del miedo.

En vista del impulso que ha tomado la vida actual, percibimos un peligro cada vez mayor de que el dominio público se vea reducido, como decía gráficamente Jonathan Manning, de South-African Ikemeleng Architects, «al hueco inútil que queda entre los bolsillos del espacio privado. La comunicación entre los seres humanos, en este hueco superfluo y estéril, se limita a los conflictos entre automovilistas y transeúntes, entre ricos y pobres, sean los que mendigan, sean los que venden en los semáforos; a las colisiones entre vehículos y peatones imprudentes, a los robos relámpago, a la sustracción de vehículos en presencia del conductor. El contacto entre el dominio público y el privado (...) se manifiesta de dos formas: en los escaparates para vender produc-

tos, o en los complicados mecanismos defensivos que sirven para ahuyentar a las personas: cercas, muros, alambre de espino, vallas electrificadas».¹⁵

Manning concluye su análisis apelando a la necesidad de que se produzca un «cambio de mentalidad que permita pasar de la creación de espacios privados a un dominio público más amplio, que sea útil y estimulante a la vez (...). Dicho dominio debería servir para múltiples fines y no obstaculizar la comunicación humana, sino facilitarla». Nan Ellin, por su parte, sintetiza su estudio abogando por la necesidad de un «urbanismo integral», planteamiento que hace hincapié en la «relación, la comunicación y la celebración». Y añade: «Hoy en día nos enfrentamos a la labor de construir ciudades respetando a las comunidades y al entorno, de los que a fin de cuentas dependemos. No es una tarea nada fácil, pero es esencial».

No pueden ponerse en duda la sensatez y la urgencia de tales llamamientos. Sólo queda enfrentarse a esa tarea «nada fácil», hay que reconocerlo, aunque esencial. Una de las tareas menos fáciles que debe afrontar este planeta que se globaliza por momentos, pero que es preciso acometer valientemente y con urgencia, y no sólo en beneficio de la comodidad de los habitantes de las ciudades. Como descubrió hace tiempo Lewis H. Morgan, la arquitectura «ofrece una ilustración completa del paso de la barbarie a la civilización».¹⁶

El paso a la civilización, me permito añadir, que ya no vemos como una conquista excepcional sino como una lucha continua y diaria; una lucha de la que nunca se sale completamente victorioso, y que no es probable que tenga fin, pero que seguimos librando animados por la esperanza de vencer.

NOTAS

1. *The Hedgehog Review*. V, 3 (otoño 2003).
2. ALTHEIDE, David L. «Mass Media, Crime, and the Discourse of Fear», en *The Hedgehog Review*. V, 3 (otoño 2003).
3. GRAHAM, Stephen. «Postmortem City: Towards an Urban Geopolitics», en *City*, 2 (2004).
4. SURETTE, Ray. *Media, Crime and Criminal Justice*. Florence, KY: Brooks/Cole, 1992.
5. VIDAL, John. «Beyond the City Limits», en el suplemento online de *The Guardian* (9.9.2004).
6. Se puede consultar en www.christianfarmers.org.
7. Ver http://web.idrc.ca/en/ev-5376-201-1-DO_TOPIC.html
8. SEABROOK, Jeremy. *Consuming Cultures: Globalization and Local Lives*. Toronto: New Internationalist, 2004.
9. ELLIN, Nan. «Fear and City Building», en *The Hedgehog Review*. V, 3.
10. DIKEN, B.; LAUSTSEN, John. «Zones of Indistinction: Security, Terror and Bare Life», en *Space and Culture*. 5, 2 (agosto 2002).
11. Cita procedente de READER, J. *Cities*. Londres: William Heinemann, 2004.
12. Puesto de comida rápida y barata en la zona portuaria de Londres. (*N. del E.*)
13. READER, John. *Cities*. *Op. cit.*
14. HALL, Peter. *Cities in Civilization: Culture, Innovation and Urban Order*. Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1998.
15. MANNING, Jonathan. «Racism in the Three Dimensions: South-African Architecture and the Ideology of White Superiority», en *Social Identities*, 10, 4 (2004).
16. MORGAN, Lewis H. *Ancient Society*. Londres: H. Holt, 1878.

VIVIR CON EXTRANJEROS¹

Vivir en una ciudad significa vivir en compañía, en compañía de extranjeros. Nunca dejaremos de ser extranjeros: nos mantendremos como tales, sin interés en interactuar, pero, por ser vecinos los unos de los otros, destinados a enriquecernos recíprocamente.

Hay una paradoja que hoy es absolutamente relevante; no se trata de una paradoja psicológica, sino lógica. Cuanto más reducidos son el espacio y la distancia, mayor importancia les atribuye la gente; cuanto más se desvaloriza el espacio, menos protectora es la distancia y más obsesivamente la gente traza y altera fronteras. Y es en especial en las ciudades donde se produce esta furiosa actividad de trazar y alterar las fronteras entre las personas.

Frederik Barth, el gran antropólogo noruego contemporáneo, ha puesto de relieve que, en contra de la errónea opinión común, las fronteras no se trazan para separar diferencias, sino que, por el contrario, cuando se trazan fronteras es precisamente cuando surgen de improviso las diferencias, cuando nos damos cuenta y tomamos conciencia de su existencia. Dicho de un modo más claro: emprendemos la búsqueda de diferencias justamente para legitimar las fronteras.

Si miramos a nuestro alrededor veremos a otros individuos iguales que nosotros. Por mucho que busquemos no encontraremos a nadie que sea exactamente igual a uno mismo. Todos y cada uno de nosotros estamos hechos tan sólo de diferencias; en el planeta hay 6.000 millones de hombres y mujeres, pero cada uno de ellos es diferente de los demás; no hay individuos absolutamente idénticos, es imposible. Existimos porque somos diferentes, porque tenemos diferencias, y sin embargo, algunas de estas diferencias nos molestan y nos impiden interactuar, ser amistosos, demostrar interés por los demás, preocuparnos el uno por el otro, ayudarnos; y, sean cuales sean, lo que las determina es la naturaleza de las fronteras que hemos trazado. Cada frontera crea sus propias diferencias, que son consistentes y relevantes.

Por consiguiente, al intentar comprender nuestras diferencias, y las dificultades que éstas generan, tenemos que formularnos nuevas preguntas; sobre todo una: ¿a qué obedece esta obsesión por trazar fronteras? La respuesta es que hoy en día esta obsesión se deriva del deseo, consciente o inconsciente, de procurarnos un rincón suficientemente confortable, acogedor y seguro, en un mundo que se nos muestra salvaje, imprevisible, amenazador; resistir a la corriente, protegernos de fuerzas externas que parecen invencibles, y que no podemos controlar ni detener, ni siquiera impidiendo su presencia en los alrededores de nuestra casa, en nuestras calles. Sea cual sea la naturaleza de tales fuerzas, las conocemos por un nombre que ilumina a la par que confunde: globalización o, como prefería decir Alberto Melucci, «planetarización».

Hoy, en nuestro planeta, todos sin excepción dependemos de los demás, y sin embargo no hay nadie que ostente la responsabilidad, nadie que ejerza el control sobre aquello que denominamos «espacio global». Cuando pensamos en ese espacio, nos viene a la mente la imagen de un western hollywoodiense, de aquel salvaje Oeste en que la gente se comporta de un modo inesperado, y en el que los vencedores no son en realidad los que permanecen en el campo de batalla, sino los que lo abandonan antes que los demás. Se trata de un espacio salvaje, y ciertamente los ciudadanos —con los medios de los que disponen— no pueden oponerse al espacio global, que escapa a su control.

Las diferencias que acaban siendo significativas e importantes a causa de la naturaleza de la frontera, y de las intenciones que hay detrás de esta frontera, son las diferencias atribuidas a las personas que tienen la indecente tendencia a cruzar las fronteras y aparecer por sorpresa en sitios a los que no han sido invitados; un tipo de gente de la que nos defenderíamos con circuitos cerrados de televisión, que instalaríamos aunque sólo fuera para ver quién pasa por la calle.

En Inglaterra, mi país, existen organizaciones de vigilancia. Los vigilantes de barrio permanecen de servicio varias horas al día controlando las calles por donde pasan extranjeros. Por tanto, los extranjeros que no pertenecen a ese lugar se convierten en los más importantes representantes de ese género de diferencia que debemos evitar. ¿Pero de qué tipo de extranjeros se trata?

Para explicar su ambiente y su origen, recordemos en primer lugar que las ciudades, en las que vive ya más de la

mitad del género humano, son en cierto modo vertederos para los problemas creados y no resueltos en el espacio global. Y lo son en muchos aspectos; existe por ejemplo un fenómeno global de contaminación del aire y del agua, y la administración municipal de cada ciudad debe acarrear con sus consecuencias: tiene que luchar sin otros recursos que los locales para purificar el agua y el aire o para contener la marea. El hospital de su barrio puede estar en crisis, está en crisis, refleja esta crisis, estas dificultades, estas preocupaciones financieras; refleja el desconocido y remoto conflicto en curso entre los gigantes farmacéuticos, que están peleándose por los llamados «derechos de propiedad intelectual» y elevan los precios e introducen en el mercado determinados fármacos, de forma que dicho hospital ya no puede atender a sus pacientes.

También el terrorismo global proviene de ese salvaje Oeste a que aludíamos, del descontrolado espacio global, pero en última instancia son los bomberos locales quienes hicieron frente en Nueva York a los efectos del acto terrorista del 11 de septiembre, o la policía y los bomberos de Madrid quienes intentaron salvar a las víctimas del atentado de la estación de Atocha. Todo recae sobre la población local, sobre la ciudad, sobre el barrio. En definitiva, imponiendo la rápida modernización de lugares muy lejanos, el gran mundo del libre cambio, de la libre circulación financiera, ha creado una enorme cantidad de gente superflua que ha perdido todo medio de sustento y no puede seguir viviendo como sus antepasados. Individuos forzados a desplazarse, a abandonar aquellos lugares en los que ya no son más que prófugos, y a convertirse en inmigrantes económicos.

Pero después llegan a una ciudad, y una vez más los recursos locales deben ocuparse de ellos.

Vienen a la ciudad y se convierten en el símbolo de esas misteriosas, y por consiguiente aterradoras, fuerzas de la globalización. Vienen de quién sabe dónde, y son, como dice Bertolt Brecht, «*ein Bote des Unglücks*», mensajeros de desgracias. Llevan consigo el horror de guerras lejanas, de hambre, de carencias, y representan nuestra peor pesadilla: que nosotros mismos, a causa de la presión de este nuevo y misterioso equilibrio económico, podemos acabar siendo superfluos, podemos perder nuestros medios de supervivencia y nuestra posición social. Representan la fragilidad y precariedad de la condición humana, y nadie quiere que día tras día le recuerden esas cosas horribles que preferiría olvidar. Así, por innumerables motivos, los inmigrantes se han convertido en los principales portadores de las diferencias que nos producen más miedo, y contra las cuales trazamos fronteras.

Pero no son los únicos. Desde el principio, la modernidad ha producido «gente superflua», entendiéndose esta expresión en el sentido de inútil, de que las capacidades laborales de esa gente no pueden ser explotadas provechosamente. Por decirlo de una vez por todas, sin medias tintas, para las personas de bien sería mejor que esa gente desapareciera del mapa. Se trata de una gente que no tiene expectativas, a la que ningún esfuerzo de imaginación lograría hacer reingresar en una sociedad organizada de una manera muy determinada. La industria moderna (tanto la constructora de un orden como la representante del denominado «progreso económico») ha producido gente superflua. La construcción de un orden comporta siempre la eliminación de los super-

fluos, puesto que si se pretende que las cosas mantengan un orden, si se pretende sustituir la situación actual por un orden nuevo, mejor y más racional, acabará por descubrirse que cierta gente no puede formar parte de dicho orden, y será preciso excluirla del mismo, expulsarla. En eso consiste el progreso económico. ¿Pero qué es, en esencia, el progreso económico? Su mito se reduce a lo siguiente: poder realizar cualquier cosa con menor esfuerzo y dedicación y con el mínimo gasto. Conseguir ese objetivo equivale a que ciertos métodos se vuelvan superfluos y dejen de ser económicamente plausibles, y a su vez convierte en superflua a la gente que había conseguido vivir adaptándose a dichos métodos.

En fin, no es una novedad: siempre y en todas partes, desde el inicio de la modernidad, ha habido gente superflua a nuestro alrededor, pero ahora es diferente. La modernización, ese nuevo estilo de vida que genera gente superflua, estaba limitada al principio a alguna zona de Europa: era un privilegio, y el resto del mundo podía servir como vertedero para la superfluidad que se producía primero en Europa y más adelante en sus ramificaciones. Pero la población superflua de la Europa que, a lo largo del siglo XIX, se estaba modernizando era arrojada a tierras como América, Sudáfrica, Australia, Nueva Zelanda, que disponían de territorios deshabitados, ya que la gente que vivía en ellos no contaba para nada: eran débiles, eran salvajes, no eran más que un obstáculo añadido.

Pues bien, la modernidad ha vencido, y celebramos el triunfo mundial del estilo de vida moderno —libre cambio, libre economía, libre consumo, y McDonald's en todas par-

tes—, pero ello significa que actualmente la gente superflua ya no sólo es un producto de Europa, posteriormente arrojado al resto del mundo: es producto de cualquier parte, dado que el modelo productivo moderno se está instalando en todos los países.

Los extranjeros vienen, pues, como lo hicieron antes que ellos nuestros progenitores, nuestros abuelos y bisabuelos, que cargaron sus maletas y emigraron, desde ciudades superpobladas de Alemania, Suecia, Polonia o Rusia, a Norteamérica, Canadá o Suramérica. Ahora ellos hacen lo mismo, pero moviéndose en dirección inversa, y desembarcan en Milán, en Copenhague y en tantas otras ciudades buscando las mismas cosas que buscaron nuestros progenitores, es decir, pan y agua, puesto que también ellos quieren vivir. Pero son estas ciudades ya densamente pobladas —como Milán, Copenhague, Estocolmo o París— las que deben hallar un puesto donde darles acogida, entre otras muchas cosas. Éste es el tipo de extranjero que provoca más miedo en las ciudades contemporáneas por los motivos que ya he intentado exponer.

Pero no son éstos los únicos, dado que también nosotros tenemos a nuestra gente superflua, gente a la que no podemos mandar a ninguna otra parte porque no hay forma de hacerlo: el planeta está lleno, no quedan espacios vacíos; nuestra gente superflua se halla todavía entre nosotros. Hubo un tiempo en que los individuos superfluos lo eran sólo provisionalmente, durante el tiempo en que se les consideraba parados, desempleados. «Desempleado» es una palabra engañosa, pues sugiere más de lo que dice. Estar desempleado quiere decir que, para los seres humanos, la norma es

tener empleo, que estar desocupado es un accidente, algo extraño, anómalo, contra lo que hay que luchar. Pero actualmente, cada vez más, oímos a cierta gente decir de otra gente que es superflua: no que está desempleada, sino que sobra. Observen que el concepto de superfluidad no implica promesa alguna de mejora, ni de remedio, ni de subsidio. No, nada de eso. Si eres superfluo, lo eres para siempre jamás. Existe una palabra cruel, inhumana, que se inventó en los Estados Unidos pero que se propagó como un violento incendio por toda Europa: se trata de la palabra «desclasado» [*underclass*]. Ser desclasado significa simplemente estar fuera del sistema de clases. No se trata, por lo tanto, de una clase inferior: no hablamos de alguien que está hundido, pero que puede albergar la esperanza de subir hacia arriba por una escalera que tiene justo ahí, si alguien le ayuda. No. Ser desclasado significa estar fuera, excluido, no servir para nada: la única función positiva que el desclasado puede realizar es la de inducir a las personas decentes, a las personas corrientes, a aferrarse al tipo de vida que llevan, puesto que la alternativa es demasiado horrible para poder ser tomada en consideración: la alternativa es caer en la marginación.

En los períodos de depresión económica, se oye a los políticos decir que se espera una recuperación del consumo; lo cual significa que un ciudadano normal y corriente, con cuenta bancaria y tarjeta de crédito, deberá ir a las tiendas y comprar a crédito, tras lo que vendrá la recuperación, y todos tan contentos. Pero los desclasados no disponen ni de cuenta bancaria ni de tarjeta de crédito, no compran mercancías que puedan producir beneficios; más bien precisan

mercancías que requieren subsidios y no ofrecen ganancias, y por consiguiente no serán éstos los consumidores que hallarán el modo de sacarnos de la crisis, que nos conducirán a la recuperación económica, sino al contrario. Ésa es la razón por la que la sociedad funcionaría mucho mejor si los desclasados desaparecieran del mapa.

Así pues, existe en las ciudades esa doble presión, y esa tendencia a construir muros. Ya he hablado de fronteras, de trazar fronteras, de crear dentro de la ciudad áreas seguras que estén alejadas de aquéllas a las que «no se va», para referirse a las cuales Steven Flusty ha acuñado un término muy feliz: «espacios vetados» [*interdictory spaces*]; vetados porque desaniman a la gente a pararse ante ellos o le impiden la entrada; según él, son la expresión más rentable de la actual arquitectura urbana norteamericana, su más importante producto. Las tecnologías que sirven para impedir el acceso y para mantener a distancia a la gente representan en este momento el sector más vanguardista de la arquitectura estadounidense.

Sabemos perfectamente que todo es posible en América, pero exactamente lo mismo está sucediendo en la vieja Europa, y probablemente también en nuestras propias ciudades. Esas áreas residenciales, los barrios cercados [*gated communities*] en los que no se puede entrar salvo que se haya sido invitado, que disponen de vigilantes armados las veinticuatro horas del día y circuitos cerrados de televisión, son el reflejo de los *ghettos* involuntarios a los que se ha arrojado a los desclasados, los prófugos y los inmigrantes recientes. Estos *ghettos* voluntarios son el resultado de la aspiración de defender la propia seguridad procurándose sólo la

compañía de los semejantes, y manteniendo alejados a los extranjeros.

Richard Sennett, un notable sociólogo angloamericano, nos ofrece las conclusiones a las que ha llegado en su detallada investigación sobre la experiencia norteamericana: el fenómeno de buscar cada vez más la compañía de los semejantes se deriva de la resistencia a mirarse profunda y confiadamente el uno al otro, a impregnarse recíprocamente de forma íntima y profunda, de forma humana. Y Sennett ha descubierto que cuanto más se separan las personas, en estos barrios cercados de hombres y mujeres que se les asemejan, menos capaces son de tratar con extranjeros; y a su vez, cuanto menos capaces son de tratar con extranjeros, mayor miedo les tienen; por consiguiente, buscan cada vez con mayor avidez la compañía de sus semejantes. En fin, que se forma un círculo vicioso que no puede romperse.

He querido subrayar que las ciudades son vertederos, y que en ellas se buscan desesperadamente soluciones locales a problemas producidos por la globalización, pero querría añadir un par de consideraciones más. Es cierto, las ciudades son vertederos, pero también son campos de batalla y laboratorios. ¿Campos de batalla para qué? Para la batalla entre la mixofilia y la mixofobia, términos poco usados pero que se explican por sí mismos. La mixofilia es un fuerte interés, una propensión, un deseo de mezclarse con las diferencias, o sea, con los que son distintos a nosotros, porque es muy humano y natural, y fácil de comprender, que mezclarse con extranjeros abre la vía a aventuras de todo tipo, a la aparición de cosas interesantes, fascinantes. Se pueden vivir experiencias fantásticas, experiencias desconocidas hasta enton-

ces. Y pueden entablarse nuevas amistades, buenas amistades, de esas que nos acompañarán toda la vida. Eso es algo impensable en un pueblecito pequeño, estático, en el que todo el mundo sabe qué están haciendo en su cocina todos los demás, en el que nadie sorprende a nadie y en realidad no se espera de nadie nada interesante.

Esto era lo que hacía atractiva a la ciudad, lo que empujaba a que la gente se trasladase en masa a la ciudad. Un dicho alemán, referido a las ciudades medievales, dice así: «*Stadtluft macht frei*», el aire de la ciudad te hará libre; y en efecto, en las ciudades pueden suceder muchas cosas sorprendentes, excitantes, que no ocurren en ningún otro lugar. Por otra parte, existe la mixofobia, pues se vive constantemente con extranjeros —sobre todo si tienes prejuicios hacia ellos, puesto que la basura global es arrojada en tus calles y ya has oído hablar de los peligros que se derivan de los desclasados, y has oído decir que los inmigrantes son ante todo parásitos de tu bienestar e incluso terroristas potenciales, que antes o después seguro que te matarán—, de forma que vivir entre extranjeros es una experiencia que ciertamente crea ansiedad. Consiguientemente, se intenta evitar, hasta el punto de que muchas personas han decidido transmitir este «instinto de evitar» a las generaciones futuras, y han llevado a sus hijos a escuelas segregadas, en las que puedan ser inmunes a este mundo horrible, al terrible choque con otros niños que provienen de familias de tipo erróneo.

Estas dos tendencias coexisten en la ciudad, y personalmente no creo que tal coexistencia sea en sí misma una solución. Así pues, lo que podríamos, podemos y deberíamos hacer es contribuir a alterar sus proporciones: hacer algo

para incrementar la mixofilia y reducir la mixofobia. No podemos ciertamente esperar eliminarla completamente, y creo que instituciones como la Accademia della Carità se proponen precisamente esto: favorecer en las ciudades las posibilidades de la mixofilia. Las raíces ya están plantadas: están en la naturaleza humana, y es preciso desarrollarlas a expensas de la alternativa.

Finalmente, estas ciudades son laboratorios en los que se descubren, se experimentan y se aprenden ciertas condiciones que son indispensables para dar solución a los problemas globales. Es justo lo contrario de lo que decía antes, cuando hablaba de la supremacía del espacio global, que carga sus problemas a nuestras espaldas: aquí, a espaldas de la gente del lugar. Ahora estoy hablando de algo que va en la dirección contraria. Aquí, en la ciudad, podemos ser útiles aprendiendo una habilidad que será indispensable para obtener una coexistencia segura, pacífica y amistosa en el mundo entero.

He hablado de los inmigrantes. Pues bien, gracias a los inmigrantes que proceden de lugares remotos, el «choque de civilizaciones» del que habla Samuel Huntington se ha transformado de repente en un encuentro de vecinos: gente real, hombres y mujeres —seguramente ataviados de forma un tanto extraña— que quizás hablan nuestra lengua con un acento horrible, con un acento impropio; que quizás puedan descansar en horas distintas a las nuestras y ser distintos en muchos aspectos, pero que sin embargo son seres humanos, vecinos a quienes más tarde o más temprano encontraremos en los restaurantes, en las calles, en las tiendas, en los despachos, por todas partes. Sobre ellos se pro-

yectan las hermosas palabras de Madeleine Bunting, una sagaz periodista británica, que afirma que el espíritu de la ciudad se forma mediante la acumulación de minúsculas interacciones cotidianas con el conductor del autobús, con los demás pasajeros, con el quiosquero, con las camareras de los bares, y de palabras sueltas, de saludos fugaces, de esos pequeños gestos apresurados que allanan las ásperas aristas de la vida urbana.

Pues bien, si hay seres humanos que aceptan y aprecian a otros seres humanos y se esfuerzan en dialogar con ellos, de pronto las diferencias culturales dejan de ser un *casus belli*. Podemos ser diferentes y vivir juntos, y podemos aprender el arte de vivir con la diferencia, respetándola, salvaguardando la diferencia de uno y aceptando la diferencia del otro. Este aprendizaje puede hacerse de día en día, imperceptiblemente, en la ciudad. He podido observar que muchas áreas —por ejemplo, en las ciudades inglesas desgarradas por la guerrilla urbana— han ido transformándose lentamente en barrios normales y corrientes. Muchas personas andan por la calle y les separa su color de piel, pero esto no les impide departir amistosamente y estar juntas por un rato.

Podemos, pues, aprender este arte en la ciudad, y desarrollar realmente unas capacidades que habrán de servir no sólo en el plano local, en el espacio físico, sino también —al fin y al cabo— en el espacio global. Y quizás, por tanto, estaremos más preparados para afrontar la enorme tarea que, nos guste o no, tenemos por delante, y que ha de marcar por completo nuestra vida: el deber de dotar de humanidad a la comunidad de los hombres.

Me gustaría terminar evocando un recuerdo. Puesto que los viejos tienen cierta tendencia a recordar, voy a permitirte, ya que soy viejo. Cuando era estudiante, tuve un profesor de antropología que me decía (me acuerdo perfectamente) que los antropólogos llegaron a fechar los albores de la sociedad humana gracias al descubrimiento de un esqueleto fósil, el esqueleto de una criatura humanoide inválida, con una pierna rota; pero se había roto la pierna siendo niño, y había muerto a la edad de treinta años. La conclusión del antropólogo era simple: allí había existido forzosamente una sociedad humana, porque esto no habría podido darse en un rebaño, donde una pierna rota termina con la vida del inválido, ya que no puede sustentarse por sí mismo.

La sociedad humana es distinta de un rebaño de animales porque alguien puede sostenerte; es distinta porque es capaz de convivir con inválidos, hasta el punto de que históricamente podría decirse que la sociedad humana nació junto con la compasión y con el cuidado de los demás, cualidades sólo humanas. La preocupación de hoy en día se centra en este punto: trasladar esta compasión y esta atención a escala planetaria. Soy consciente de que las generaciones que nos han precedido se han enfrentado a esta tarea, pero ustedes deberán seguir por este camino, les guste o no, empezando por su casa, por su ciudad, ahora mismo.

No alcanzo a pensar en nada que sea más importante que esto. Tenemos que empezar por aquí.

NOTAS

1. Transcripción de la intervención de Zygmunt Bauman en el congreso «Fiducia e paura nella città», celebrado en Milán en marzo de 2004, y reproducida en el presente libro a modo de síntesis de los dos ensayos precedentes.
2. Institución dedicada al estudio de la marginación social en el ámbito metropolitano de Milán, y que en el año 2004 organizó el congreso «Fiducia e paura nella città». (N. del E.)

ÍNDICE

CONFIANZA Y TEMOR EN LA CIUDAD

7

EN BUSCA DE REFUGIO EN LA CAJA DE PANDORA

41

VIVIR CON EXTRANJEROS

61